

A Carranque le parecia tarea impropia de sus méritos, y muchas veces se lamentaba de verse reducido á copiar comedias *que no valian nada*, de Hartzenbusch, de Rubí, de Tamayo, quien las podia escribir mucho mejores. Y no pocas solia *corregir* algun verso añadiéndole una oportuna exclamacion que, aunque le hiciera algo más largo de lo conveniente, daba mucha más fuerza á la idea y á la situacion. Luégo, en el teatro, le suprimian lo que él habia añadido desinteresadamente. Pero su aficion le perdió. Una vez, al copiar una comedia en prosa, la halló tan escasa de chistes y equívocos ingeniosos, que creyó obra de caridad para con el incógnito autor de la misma, intercalar en los diálogos algunas gracias suyas, suponiendo que al ver luego el autor su comedia tal como el copiante se la componia y aderezaba, quedaria contento de ella, y áun acaso se figuraria que todo era obra suya. Y puesto á añadir chistes y agudezas, tantas le puso, que en el paso de papeles en el teatro, los actores todos soltaron el trapo á reir, y acudieron á la empresa exponiendo que si se decia todo lo que estaba escrito en aquella comedia, la noche de su representacion el público se veria precisado á matar al autor. Este, que no habia asistido al ensayo, fué llamado por la empresa, que le devolvió la comedia, diciéndole que tal como la habia reformado era imposible se pusiese en escena. Confrontóse

el original con la copia, y el copiante quedó destituido, como único autor de semejante atentado, y sufrió una dura amonestacion del ultrajado poeta, que nada ménos que intentaba llevarle á los tribunales.

Gran pena causó á Carranque este percance, que le privaba de un recurso no despreciable, pero se consoló con que la comedia, que se representó desprovista de todas las galas con que él la habia adornado al copiarla, fué silbada, ó poco ménos, por el ilustrado público.

—¡Qué lástima de comedia! exclamó Carranque al saber el fiasco; si se hubiera representado como yo la arreglé, hubiese alborotado, se habria hecho treinta noches seguidas.

Mariquita, con su bondad, con su buen instinto de esposa y madre, consoló á su marido de la pérdida de su plaza de copiante, le hizo ver que no les trastornaba mucho y que ella era capaz de continuar atendiendo á todo con los seis mil reales.

—Los tres niños están ya criados; ahora me dan que hacer, pero no tanto; al anochecer los acuesto, y ya tengo libre toda la noche. Verás cómo ahora que á ti te falta el trabajo, me procuro trabajo yo. Me han prometido darme á hacer guantes. Pagan muy poco, pero eso poco nos vendrá muy bien.

Así decia Mariquita á su marido.

—Pero, mujer, despues de lo que tienes que hacer todo el dia, ¿cómo vas á trabajar de noche?...

—¿Y qué tengo que hacer?... Nada; la rutina de siempre. Tengo ya tal costumbre de hacer todas las cosas, tengo tan ordenado el trabajo, que lo hago facilísimamente. En cuanto asciendas, tomaremos criada, no para trabajar yo ménos, sino para trabajar más, porque entónces tendré más tiempo, y miéntras ella haga las cosas de la cocina, yo podré coser, bordar primores para venderlos. No hay más que una cosa que me preocupa: el temor de que te dejen cesante. Entónces sí que no sé cómo nos veríamos; pero ahora me preocupa ese temor, y si llegara el caso de realizarse, no creas que me amilanaria. Quiere decir que nos reduciríamos más y veríamos en qué podíamos trabajar. Por mis hijos á todo me atreveria.

—Yo tambien pienso á veces que puedo quedarme cesante, y me horripilo. ¡Habria que oir á tu padre, que siempre me está pronosticando esa desventura!

V.

Tuvo suerte Carranque; á pesar de que, segun costumbre en la administracion pública, se hacian en su oficina unos quince arreglos cada



mes, y quedaban cesantes y excedentes muchos empleados, y luego volvian á entrar, y despues á salir, el bueno de Carranque fué respetado, no porque inspirase *per se* gran respeto, sino porque era necesario é irremplazable en aquella oficina. Por rutina desempeñaba su empleo con una precision admirable, y no era fácil encontrar persona que en poco tiempo se pusiera tan al corriente como lo estaba Carranque; el cometido que éste desempeñaba estaba tan relacionado con el buen servicio del público, que no se podia prescindir de aquel empleado un solo dia.

Muchas veces se intentó limpiarle el comedero, ó el pesebre, como él mismo decia, haciéndose poco favor; pero en seguida subia el administrador central á ver al director ó al ministro:

—Señor, decia al jefe, que me quiten todos los demás empleados, que me quiten á mí mismo, pero, por Dios, que no me toquen á Carranque, porque sin Carranque no es posible que haya correos en España.

—Pero, hombre, ¿tanto talento tiene ese hombre?

—Como un adoquin.

—Entónces, ¿qué alta persona le protege?

—Nadie.

—Pues ¿qué diablos de habilidad posee ese indispensable empleado?

—Ninguna; pero lo que hace en la oficina no

hay quien lo haga como él. Tiene medido el tiempo de tal manera, que lo que hace falta á las diez y cuarto, lo tiene hecho á las diez y catorce minutos; lo que ha de estar á las dos y media, está á las dos y veintiocho... y, en fin, seria muy largo explicar en lo que consiste la maestria de ese hombre, que no tiene ninguna habilidad, y, sin embargo, es tan preciso para el movimiento de este ramo de la administracion, como lo es en la locomotora la ruedecita más pequeña y escondida, que si se tuerce ó detiene, la máquina no anda y el tren no avanza.

—Vaya, vaya, pues dejemos á Carranque en paz, decia al fin el jefe.

Pero sucedió que entró en la Direccion de correos un gran liberal, farmacéutico, ó cosa así, y trató de variar por completo el personal, que le parecia por extremo reaccionario; al efecto, empezó á repasar la lista de los empleados y á enterarse de sus circunstancias, asistido de dos cesantes que iban á ser colocados en aquella dependencia, ya conocida para ellos.

Larga era la lista, y ninguno de los que en ella figuraban hallaba gracia ni piedad en aquel severo tribunal; todos iban siendo sentenciados á negra cesantía; mas al llegar á Carranque, los dos vampiros, consejeros áulicos del nuevo director de correos, exclamaron:

—Ese no... á ese no hay que tocarle.

—¿Por qué?...

—No se le puede tocar, no, señor. Nosotros hemos servido en el ramo, y sabemos que no se le puede tocar.

—Bien, para dejarle cesante no hay necesidad de tocarle; yo no vengo aquí á pegar á nadie.

—No es eso, señor director, es que no se le puede dejar cesante.

—¡Hombre! ¡en España hay un empleado á quien no se le puede dejar cesante! No lo creo.

—No es posible, no, señor.

—Pero ¿por qué?

—Porque es absolutamente necesario; tan necesario como el buzón.

—Para mí no hay nadie ni nada necesario, ni siquiera el buzón.

—Vea V. lo que hace. Ya ve V. que no es amigo nuestro, ni correligionario, pero sabemos que sin él no se puede pasar.

—Vaya, pues ahora mismo extiéndame V. ahí la cesantía. ¡Qué se entiende!... ¡No tener yo autoridad para remover á ese empleado!... ¡Cesante hoy mismo, y no vuelve á entrar aquí!

Y el flamante director salió seguidamente á que firmara el nuevo ministrillo la cesantía de Carranque, y bajó tan ufano y orgulloso, como si hubiera conseguido un gran triunfo. Hacer lo que ninguno se había atrevido á hacer era un acto de energía que le daría, sin duda, gran prestigio.

Carranque recibió su cesantía.

—¡Sea todo por Dios! exclamó: aquí da fin la novela de mi vida. De cómo se mueren de hambre Carranque, su mujer y tres hijos.

Y se dirigió á casa con el funesto papel en el bolsillo.

Mariquita estaba todavía más alegre que de ordinario.

—Estaba deseando que vinieras, le dijo.

—Pues ¿qué ha pasado? .. ¿Ha fallecido algun chico?

—¡Jesús! no lo quiera Dios.

—No, como algun dia han de morir los tres...

—¡Qué bromas tan necias tienes! Ya no te digo lo que te iba á decir.

—Sí, mujer, dímelo.

—Pero tú tambien debes traer algo, porque noto en tí un no sé qué. .

—Yo sí lo sé; pero, dime, dime tú lo que tienes, y ya te diré yo luego lo que te traigo.

—Dímelo tú ántes.

—Que no.

—Pues bien; sabrás... así como así estoy deseando decirtelo... Estoy embarazada.

—¿Sí?... Pues yo tambien.

—¡Qué gracia!

—Y si me apuras, más que tú.

—¡Qué tonto eres!

—¿No lo crees?... Pues lee ese papel, y tiembla.

—¡Cesante!... ¡Estás cesante!...

—¡Me alegro! exclamó D. Pedro Salido, el padre de Mariquita, que entraba en aquel momento. Ya te lo decía yo, hija, pero no me quisiste creer. Ahora, ahora sí que vas á ver lo que es bueno...

—Padre, no venga V. á desesperarme.

—No, si no te digo nada, sino que ahora es cuando vas á conocer la razon que yo tenia en oponerme á tu matrimonio.

—¡Déjeme V., por Dios!

—Ahora, ahora entran los apuros; ahora es cuando vas á saber lo que es bueno. ¿No querias casarte? Pues ahí tienes los resultados. Tres hijos, otro en camino, y el maridito cesante

—¡Jesús! padre, tenga V. caridad y no me atormente.

—Yo lo siento, hija, pero ya te lo tenía pronosticado. Ahora es cuando vas á pasar la pena negra.

.

Tremenda noche fué aquella para el matrimonio. Toda la pasaron los esposos discurriendo acerca de su situacion, imaginando ineficaces medios de remediarla, y conviniendo en que no habia más salida que morir de hambre los dos con los tres chicos.

Y como pasaron toda la noche despiertos, por la mañana se durmió profundamente el reo, y no se despertó hasta que su mujer entró gritando con grandes voces:

—¡Carranque! ¡Carranque!

—¿Qué quieres, mujer?

—Levántate, no te detengas; anda, corre, vuela.

—¿Qué está ahí tu abuela? preguntó dormido aun.

—Toma, toma ese papel..

—¿Un oficio?... ¿Me dejan cesante otra vez?

—No, hombre, no, despierta, es que te reponen.

—¿Que me deponen? Ya lo sé, no me lo recuerdes.

—¡Hombre! que te han repuesto.

—¡Que me han compuesto!... ¡Ya lo creo! Déjame dormir; el sueño es la imágen de la muerte, déjame acostumbrarme poco á poco á la muerte.

—¡Jesús! si es que te colocan otra vez en tu destino.

—¡Ay, Dios mio! ¿de veras?... entonces mi cesantía ha sido un sueño, una pesadilla...

—No, hombre, no; te han dejado cesante, pero te reponen, atendiendo á tus circunstancias.

En efecto, el primer dia que faltó Carranque se convenció el director de que sin Carranque no podia marchar con la precision necesaria el servicio, y le repuso, aunque contra su voluntad. Y tanto le disgustó haberse visto precisado á ceder, que pidió y obtuvo ser trasladado á otra direccion donde no hubiera otro Carranque.

VI.

Con la puntualidad acostumbrada publicó doña Mariquita su cuarto hijo, dando lugar á que el abuelo de la criatura hiciera grandes exclamaciones y aspavientos, y, como siempre, pronosticase mil desdichas al matrimonio.

Y doña Mariquita crió á su cuarto hijo, como habia criado á los anteriores, y continuó haciendo milagros imposibles con los seis mil reales de Carranque; éste buscó trabajo, quiso volver á su oficio de copiante de teatro, pero todas las empresas tenian ya noticia de su habilidad en corregir las obras ajenas, y no les pareció conveniente utilizar sus servicios.

Carranque se vió obligado, contra su voluntad, á leer otra vez la *Historia de la Inquisicion*, para no estar enteramente ocioso cuando, por la noche, su mujercita le repasaba la ropa á fin de que siempre fuera decente, ó hacia medias para los niños, ó cosía guantes para obtener una mínima cantidad por su trabajo.

Ni un solo dia iba la excelente madre al teatro, ni tenia amigas, ni salia á paseo jamás, ni se habia cuidado de hacerse un nuevo vestido en los

años que llevaba de casada, y jamás le oía su marido una queja, nunca la veía disgustada, ni advirtió en ella la más leve señal de cansancio.

Siempre veía en su mujer rostro afable, afecto tranquilo y confiado, consideración, esmero en servirle y afán en hacerle agradable la vida. Y todo esto lo hacía sin alarde, sencilla, modestamente, sin ofenderse porque su marido, ente vulgar, egoísta, de estrechas miras, apenas se diera por advertido de los esquisitos cuidados, de los constantes desvelos de su mujer.

Nada, ni la mayor grandeza, le causaba envidia; la hermosura, la elegancia la ventura en otras mujeres las aplaudía y celebraba gozosa, y nunca le pudo oír nadie ninguna frase que indicara no estar ella satisfecha de la suerte que le había tocado.

Aquellas frases que tan frecuentemente se oyen:—*¡Jesús! unas tanto y otras tan poco.*—*Cátese usted para esto.*—*Yo no puedo más; estos chicos acaban conmigo.*—*¡Qué vida de perros!*—*Yo me tuve la culpa, etc., etc.*, eran completamente desconocidas para doña Mariquita, y si alguna vez su marido, más intolerante y ménos sufrido, se quejaba, allí estaba ella para reprenderle suavemente, con singular cordura y admirable buen sentido.

—No ofendas á Dios, que no tenemos motivo de quejarnos.

—Pero mujer; ¿no voy á tener en la vida más que seis mil reales?

—Mientras podamos vivir con eso, ¿para qué ambicionar más? Si tuviéramos más nos vendria perfectamente, y yo me alegraria mucho, pero miéntras no lo tenemos, no he de darme el mal rato de apenarme por ese motivo. Mira, enfrente vive una señora muy rica, que ha tenido dos hijos y se le han muerto; en esta misma casa, en el piso principal, vive un matrimonio que tiene gran renta; pues el marido padece accidentes epilépticos, y la señora, una buenísima persona, tiene una afeccion de pecho; en el segundo ya sabes lo que pasa; el marido goza gran sueldo y su mujer gran dote, y viven en perpétua guerra, y se odian cordialmente, y van á separarse. Compara la brillante posicion que la riqueza da á esas personas con nuestra humilde y bendita pobreza, y atrévete á decir si te cambiarías tú por el padre que ha perdido sus dos hijos, por el que sufre esos horribles accidentes, ó por el que vive odiando á su mujer, sin momento de tranquilidad y en la mayor desesperacion.

Esta era doña Mariquita; así hablaba á su marido, por quien no sentia pasion, que era incapaz de inspirar aquel pobre hombre, pero á quien respetaba como dueño y compañero, libremente elegido por ella, y que era padre de sus hijos.

La monotonía, la invariable igualdad de su

vida, que para otra hubiera sido penosa, era para ella por extremo agradable. Una sola cosa le mortificaba; la idea de no poder hacer bien, porque necesitaba todos sus recursos para sus hijos, y no podia distraer de esta sagrada obligacion ni un solo ochavo.

Pero á bien que una vez que se le presentó ocasion de hacer el bien, le hizo bizarramente.

Contaré el caso, si no abuso de la bondad del lector, que habria imaginado acaso hallar en este libro el interés de los variados incidentes de la novela, y las sorpresas, aventuras y cosas extraordinarias propias de ese género de literatura; este libro es solamente un sencillo estudio de costumbres, una flor modesta para la corona de las buenas madres, un conjunto de vulgaridades tal vez, pero en el que las madres hallarán alguna poesía, si no en su pobre estilo desaliñado, en los recuerdos, y en las penas y en las alegrías que en ellas ha de evocar su lectura.

Pero continuó.

En la misma casa donde vivia doña Mariquita se recogia de noche en una buhardilla trastera una infeliz mujer, cuyo esposo, cabo de carabineros, habia sido fusilado seis meses ántes, victima de la maldita ambicion de unos políticos sin conciencia que le habian inducido á rebelarse contra el gobierno establecido. La triste viuda, enferma, embarazada, herida en el corazon por tan horrible



infortunio, habia trabajado mientras pudo; pero un dia ya no tuvo fuerzas, ni siquiera para arrastrarse hasta el hospital, ni para pedir socorro.

De dia no estaba nunca la viuda en su desvan: los vecinos pasaron muchas veces junto á su puerta cerrada, y á ninguno le ocurrió que allí dentro pudiera estar la desdichada, privada de sentido, fria, rígida como un cadáver.

Despues de algunas horas, la mujer recobró el conocimiento, y sintió agudísimos dolores; quiso gritar y no pudo; quiso llegar á la puerta del desvan, inútil empeño.

Iba á ser madre la cuitada, la desamparada viuda, allí abandonada de todo el mundo, sin tener con que abrigar á su hijo, sin un pedazo de pan, sin auxilio de nadie, mientras los que causaron la triste y afrentosa muerte de su marido, del padre de aquel sér inocente que iba á nacer, allá en la emigracion, en un banquete, discurrían los medios de intentar otra vez derribar al gobierno—que, *tiránico*, les habia desbaratado la conspiracion,—sin otro objeto que el de ser ellos los que, posesionados del poder, ejercieran la tiranía, y más dura y más vergonzosa y más infundada que la que á ellos les habia permitido ponerse en salvo, y se habia contentado con castigar el delito por ellos cometido, condenando á muerte á los que no habian sido más que ciegos instrumentos de la ambicion y la felonía.

De repente sonó un grito de supremo dolor, grito de indefinible angustia. Y luego nada se volvió á oír.

Doña Mariquita, que estaba sentada junto á la ventana del patio, se levantó y fué á la puerta de la escalera.

—¡Dios mio! exclamó, ese grito ha sido horroso...

Subió al último piso; nadie sabia quién habia gritado.

Doña Mariquita se detuvo delante de la puerta del desvan.

—Aquí debe ser, dijo; la pobre mujer que se recoge aquí debe estar dentro... ¡Oh! ya sé lo que es; la infeliz ha parido.

Llamó, pero nadie contestó.

—Hay que abrir esta puerta; esa mujer debe estar privada de conocimiento.

—No se puede abrir sin que venga el juez, observó un vecino.

—¿Y si muere mientras viene ese señor?...

La puerta no opuso resistencia.

Un vecino forzado hizo saltar pronto la cerradura.

Doña Mariquita entró.

—¡Un médico! exclamó; ¡que venga un médico!

La madre estaba muerta, pero el hijo vivia.

Vino el médico, acudieron los vecinos todos, y

el juzgado. El juez dispuso que el cadáver fuese llevado al hospital, y el recién nacido á la Inclusa, supuesto que no se sabia que tuviese pariente alguno.

—Señor, dijo doña Mariquita, ¿á la Inclusa ha de ir ese angelito?...

—A no ser que haya quien se encargue de él.

—Yo de buena gana haria esa obra de caridad, dijo una señora muy bien acomodada y sin hijos, pero no puedo.

—Yo tampoco, añadió el dueño de la casa, viudo verde con mucho dinero, porque un hombre solo... El mundo es murmurador, y puede que me colgara algun milagro que yo no he hecho.

—¡Pobre criatura! exclamó una solterona más fea que un mico, que tenia 10,000 reales de orfandad, y se gastaba la mitad en dulces para dos perros ratoneros que le acompañaban hasta á misa.

El hijo del fusilado no tenia quien le quisiera.

Doña Mariquita iba y venia, hablaba á éste y al otro, pedia favor y caridad para el recién nacido, pero sin resultado.

—Señora, dijo el juez, esta criatura no puede estar aqui más tiempo, y es preciso llevarla á la Inclusa.

—Señor, exclamó la de Carranque, yo tengo cuatro hijos pequeños, y mi marido no tiene más que seis mil reales de sueldo, pero sea lo que Dios

quiera. . desde ahora tengo cinco hijos. Venga el niño.

Todos aplaudieron aquel rasgo de caridad, de que ninguno habia sido capaz, y el juez, conmovido, entregó, con las formalidades legales, á doña Mariquita, el huérfano recién nacido.

Carranque volvió de la oficina, y halló á su mujer con el niño en brazos, muy abrigadito con un pañuelo, tanto, que no se le veia la cara.

—Hijo, le dijo Mariquita, hoy has de dispensar si no está hecha aún la sopa.

—Bueno, mujer; ahora la harás.

—Antes tengo que decirte la novedad.

—¿Qué ha ocurrido?... ¿Han colocado á tu padre? Esa sí que seria novedad.

—No es eso. Tengo un regalo para ti.

—Vaya, me habrás hecho la corbata que me tenias prometida. Sácala, sácala.

—Es mejor que eso.

—Cáspita, ¿qué será?... No me lo digas, á ver si acierto. ¿Has encontrado algun medio de seguir en la comedia la escena que ha de ir despues de la de los palos?...

—¡Qué tontería!

—¿Es que me han ascendido, y te han traído la credencial á casa para sorprenderme cuando volviera?...

—Buen regalo seria ese, pero no hay tal cosa. No lo adivinarás nunca, y te lo voy á decir. Es

que mientras tú estabas tan descuidado en tu obligación, yo he tenido un chico.

—¡Ave María Purísima! No puede ser.

—Míralo.

Y doña Mariquita descubrió el rostro del angelito.

—Pero mujer, esto es demasiado. Este chico espontáneo y extemporáneo no le reconozco, no le puedo reconocer.

—Yo le he reconocido, y tú le reconocerás como yo.

—Te digo que no. Pero esa es una broma tuya.

—No es broma; este niño es nuestro, y esta tarde hay que bautizarle.

—Mira, para que veas si soy condescendiente, te concederé que sea tuyo, pero mio lo niego.

—Es tuyo como mio, porque tú no te negarás á completar la obra de caridad que ha hecho tu mujer.

—Pero, ¡por María Santísima! traer á casa un chico ajeno, teniendo nosotros cuatro...

Doña Mariquita refirió á su esposo lo ocurrido; éste quiso persuadirla de que era imposible que ellos pudieran atender á otro hijo, cuando tan fácil era que tuvieran uno más cualquier dia; pero doña Mariquita defendió á la criatura con tan dulces y tiernas razones, que Carranque no pudo resistir. Y el hijo del fusilado ocupó el quinto lugar en el escalon de los de doña Mariquita.

VII.

Diez años sirvió al Estado el Sr. Carranque sin lograr más sueldo que el de 6,000 rs. Doña Mariquita hizo con los 60,000 rs. del sueldo de diez años, mucho más que hubiera hecho otra mujer económica y hacendosa con cuádruple cantidad, pero ya no podía más, ya no hallaba medio de cubrir las más apremiantes necesidades, porque han de saber Vds. que ya tenía seis hijos propios, y uno á quien por propio amaba, el de la viuda del carabinero.

Doña Mariquita empezaba á preocuparse de su situación, y decía:

—Ahora sí que, como dice siempre mi padre, voy á ver lo que es bueno.

Pero Dios no podía dejar sin auxilio á la que tan bien sabía cumplir sus deberes, á la que con tanto esmero y maternal solicitud educaba á sus hijos, á la que con tan noble caridad había dado abrigo en su seno al pobre huérfano.

Aquel personaje que era ministro cuando doña Mariquita fué á pedir algún sueldo para su marido, acababa de subir al poder.

Doña Mariquita, al saber su elevacion, cobró esperanza, confiando en que pronto cobraria más paga.

Y una mañana, tomó un papel y escribió lo siguiente:

«Excmo. señor: Mil y mil enhorabuenas doy á V. E. por su nueva elevacion al poder, que cuando V. E. vuelve, señal es de que le agrada y le halaga esa posicion, y es natural que le halague, ocupándola V. E. con el fin de hacer bien y servir lealmente al país. Pero basta de plácemes; no crea V. E. que esta es interesada adulacion, y arroje con enojo este papel.

»V. E. no se acordará acaso de mí. Yo soy *Mariquita*, la atrevida que hace diez años se hizo anunciar con ese nombre á V. E. y logró de su compasivo corazon que á su marido se le señalaran 6,000 rs. de sueldo. Á V. E. debo toda mi felicidad, porque con esos 6,000 rs. llevo criados á estas horas siete hijos, nacidos en estos diez años que V. E. ha pasado ausente del poder. Mi marido, D. Arturo Carranque, sigue en el mismo destino, y cuando en diez años no ha sido despedido puede suponer V. E. si serán útiles y necesarios los servicios que presta. Hágame V. E. la merced de enterarse é informarse de quién es mi marido, y luego, si V. E. hace algo por él, por mí y por nuestros siete hijos, le quedará muy agradecida su afectísima S. S. Q. B. S. M.—*Maria Salido.*»

El ministro recordó, leyendo esta carta, la donosa jóven que con tanta gracia le pidió, diez años ántes, que señalara sueldo al meritorio, y llamó á Carranque, despues de enterarse de los buenos servicios que prestaba en su cargo.

Carranque acudió, lleno de dudas y confusiones, á presencia del ministro.

—¿Usted es Carranque?... le preguntó el ministro, que, siendo bellísima persona, de nobles y generosos sentimientos, tenia, sin embargo, apariencia de hombre brusco, desabrido y duro.

—Yo... señor... V. E. me honra... contestó confuso el marido de doña Mariquita.

—¿Con que V. es Carranque?... repitió el ministro.

—Sí, señor, por muchos años.

—Recordará V. que yo fui quien señaló á usted sueldo hace diez años.

—Sí, señor; V. E. tuvo esa buena idea, y todos los dias le rezo á V. E...

—¿Qué dice V.?... preguntó el ministro, no pudiendo contener la risa.

—Perdone V. E., digo que rezo por V. E. para que Dios le dé mucha salud.

—Gracias, hombre. Me he enterado de los servicios de V., y me han dicho que en estos diez años no ha adelantado V un paso.

—No, señor, sigo en el mismo *estatuco*

—*Statu quo* se dice.

—Señor ministro, no soy muy fuerte en *el francés*.

El ministro se sonrió

—Me han dicho que es V. famoso padre.

—No, señor, no tengo más que seis hijos.

—¿Seis... ó siete?

—Sí, señor, siete; pero el uno no es mio.

—¿No?

—No, señor, ni de mi mujer tampoco. Mi mujer se empeñó en que le recogiéramos.

—¡Ah! ¿Con que su mujer de V. ha recogido ese niño por hacer una obra de caridad?...

—Sí, señor.

—Tiene V. una mujer excelente.

—Es favor...

—Por ella merece V. que se le atienda. Hoy daré las órdenes para que se le aumente á V. en dos mil reales su sueldo.

¡Ah!... señor... ¿Cómo podremos pagar?...

—Sirviendo bien su empleo es como se hará usted digno de ser atendido.

—En eso descuide V. E.

—Y dé V. expresiones á Mariquita.

—De parte de V. E. serán dadas.

—Dígale V. que ya ve que no la he olvidado.

Carranque salió muy contento del despacho del ministro.

Pero cuando, terminadas las horas de oficina, fué á su casa, iba pensativo y preocupado.

—¿Qué traes? le preguntó su mujer.

—Nada, que el ministro me ha llamado.

—¿Y qué te ha dicho?

—¿Te interesa mucho?

—Ya lo creo.

—Pues, nada, me ha subido el sueldo á ocho mil reales.

—¡Ay! ¡Dios mio! ¡qué alegría! Ya lo decia yo... Si es muy bueno.

—¿Con que es muy bueno?... ¿Y tú lo decias?...

—Pero, hombre, ¿qué te pasa? ¿qué tienes?

—Nada, nada. Vamos á comer.

—Nunca te he visto tan sombrío.

—¿Sombrío?... ¡Cá!... ¿Con que ahora que tengo ocho mil reales de sueldo?... ¡Digo!... ahora sí que vamos á saber lo que es bueno, como dice tu padre.

—Ya lo creo que nos vienen muy bien, porque, hijo, con los seis mil yo no podia ya; me volvia loca pensando cómo economizar.

—Bueno, bueno, me alegro de que te alegres... ¡Vaya si me quiere á mi ese ministro! La otra vez me sacó de meritorio, y ahora me saca de los seis mil reales. Parece que me ha sacado de pila.

—¿Y no agradeces tan gran beneficio?

—Sí, sí; pero... en fin, vamos á comer.

—Me llenas de asombro con tus reticencias.

—Pues, nada, no te asombres. Como dice tu

padre, ahora sí que veo lo que es bueno... ¡ocho mil reales de sueldo!... ¡Dos mil reales más que ántes!...

Ya comprende el lector: por una singular aberracion, el bueno de Carranque estaba celoso. La frase del ministro:—*Dé V expresiones á Mariquita*, —le habia chocado mucho, y como el pobre no habia sido por la naturaleza dotado de gran inteligencia, empezó á pensar, fundado en aquella frase, los mayores desatinos con la terquedad de los tontos de capirote. Y en seguida forjó en su limitado entendimiento una disparatada historia en menoscabo de la honra de su mujer.

—Atemos cabos, se decia. Yo era meritorio, nadie se acordaba de mí, nadie me hacia caso; me casé, y á los dos meses me encontré con 6,000 reales como llovidos del cielo, por gracia de ese mismo ministro. Cayó este señor, y nadie se volvió á acordar de mí, ni me movió de mi destino; pero un dia me dejan cesante, y el siguiente mi mujer me despierta con el oficio de mi reposicion. Vuelvo á ser olvidado; pero vuelve este ministro, y el cuarto dia de su entrada, me llama, me anuncia que tengo en adelante 8,000 reales, y me da expresiones para Mariquita. Ni siquiera dijo *Doña Mariquita*, sino *Mariquita* solamente, lo cual demuestra conocimiento antiguo, confianza, franqueza, intimidad. No hay duda; como dicen en las comedias, la venda cae de mis ojos. Aquí hay

misterio, y misterio profundo. A ese ministro debo mi primer sueldo, á su influencia debo que mi cesantía quedase sin efecto, y á él le debo este aumento de sueldo, ya que no de categoría. Carranque, mucho ojo. ¿Querías encontrar argumento para escribir una comedia?... ¡Terrible seria que ese argumento le encontraras en tu casa!... Disimulo, prudencia, observacion: esto importa. Yo lo descubriré todo, yo lo sabré todo, y, por Dios, que si han creído que soy un Juan Lanas, se equivocan.

Y de este modo empezó á atormentarse aquel majadero que tantos beneficios debía á su honradísima esposa, tipo el más perfecto de la virtud y la abnegacion.

VIII.

Un hombre que tiene talento hace muchísimas tonterías impropias de su buen juicio, cuando le da por ser celoso sin fundamento alguno; pero si el celoso es un tonto, las necedades que hace son superlativas.

Carranque tenia que ser necesariamente, como tan poco avisado que era, un celoso de lo más tonto, ridículo é insufrible que se puede imaginar.

Su carácter se hizo muy desigual: unos días estaba afable, contento; otros apenas dirigía la palabra á su mujer, ó se complacia en dirigirle groseras reticencias ó ultrajes, á veces: al principio Mariquita lo tomó á risa, pero luego comenzó á sentirse ofendida en su dignidad y á sufrir verdadero tormento. Y no valian con el alucinado Carranque razones y argumentos incontestables, porque en su mollera no entraban con facilidad más que desatinos garrafales.

Doña Mariquita, con humildad excesiva, puesto que, no siendo culpable, descendía á discutir con quien la injuriaba, haciale las más sensatas reflexiones, pero Carranque, si, impresionado por las incontestables razones de su mujer, parecia convencido, pronto volvía á su tema y á martirizar á la madre de sus hijos.

Otra mujer, viendo desconocidos sus sacrificios, olvidada su vida consagrada al trabajo y á la abnegacion, puesta en tela de juicio su virtud, pura de toda mancha, tan gravemente injuriada por su mismo esposo, habria perdido la calma, y, por lo ménos, hubiera despreciado profundamente á su ofensor.

Doña Mariquita, en aquella inesperada prueba, manifestó una calma, una resignacion heróicas, y lo mismo atendió, cuidó y respetó al injusto esposo. Un bien tenia la buena mujer, y el marido se le arrebató con sus sandias injurias: el buen

humor: doña Mariquita perdió su natural encantadora alegría.

Su padre habia advertido el cambio que en ella se verificó, y ya estaba enterado de la ridicula manía de su yerno.

—Oye, dijo un día á su hija, ¿no se le han pasado á ese los celos?

—No, señor, sigue con su manía.

—Yo se la voy á quitar.

—¿Cómo?...

—Eso no se pregunta: de un garrotazo.

—Se libraré V. muy bien.

—¡Calle! ¿no quieres que corrija á tu marido?

—No, señor.

—Pues yo lo haré sin que tú quieras.

—Repito que no. Usted tiene autoridad sobre mí, porque es V. mi padre, y yo gustosísima se la reconozco...

—Si hubieras reconocido mi autoridad, no te habrias casado con ese sandio.

—Ya me casé y, no tiene remedio; pero V. no tiene autoridad ninguna sobre él, y no debe mezclarse en este asunto. Déjele usted con su manía, que él acabará por curarse de ella.

—Despues que te mate á disgustos.

—No tema V., tengo una fuerza poderosa contra él, y aunque sea injusto y grosero, no me abatirá ni me hará olvidar mis deberes. Tengo mis hijos, que son mi vida entera, mi felicidad.

—Ahora estarás ya arrepentida de haberme desobedecido.

—De haber desobedecido á V. ya me arrepentí, y V. me perdonó, pero de haberme casado no estoy arrepentida, no, señor. Siento que mi marido haya dado en semejante absurdo, lo siento más por él que por mí, porque él es indudable que sufrirá también; pero arrepentirme de ser su mujer, eso no.

—Pero, ¿dónde diablo has aprendido esas ideas?... porque tu madre era todo lo contrario que tú; ella se alegraba de que yo rabiara; y tanto se alegraba que me hizo rabiar mientras vivió.

—No hable V. así de mi madre, que está en la gloria.

—Y yo también.

—¡Padre!

—¿Qué quieres?.. Tengo un génio más agrio que el vinagre más fino, pero no es mía la culpa. Tu madre, los jefes que tuve en mi carrera, todo el mundo, en fin, me han hecho ser así. Yo era, cuando jóven, un infeliz, una paloma sin hiel; pero las injusticias, los desengaños, las felonías de las gentes con quienes he tenido que tratar, me han convertido en un basilisco, y yo mismo estoy asombrado de no haber triturado á alguno para desfogar la cólera que rebosa en mí, y me parece que el que va á pagar va á ser tu marido.

—No hará V. eso, porque entónces no me volveria V. á ver.

—¡Puede que estés enamorada de ese calabaza!

—Yo no estoy enamorada más que de mis hijos; pero es el padre de estos, y quiero su vida, su tranquilidad, su ventura, y haria cualquier sacrificio por quitarle esa idea extravagante que le mortifica y me atormenta.

—Todo lo que hagas por él es como lavar la cara al borrico.

—No importa, mi deber es hacerlo.

—Vaya, me voy á las Córtes, que no te quiero oír.

—¿Prefiere V. oír á los diputados?...

—¿Crees que me voy á divertir?

—Cuando va V., hallará entretenimiento, á lo ménos.

—¡Bonito entretenimiento! Lo que hago allí es rabiarse, oyendo como hablan algunos pájaros, cuya vida y milagros sé perfectamente, y siempre los he tenido por unos grandísimos embusteros: á veces no me puedo contener, y digo desde la tribuna:—*¡Calle V., hablador!*—ó suelto la carcajada... y ya me han echado de allí en tres ocasiones, con apercibimiento de mayor castigo si reincidia.

—Un dia le van á llevar á V. preso.

—Me alegraré.

—¡Jesús! ¡qué génio!... Siempre rabiando por todo.

—Siempre: no he hecho otra cosa desde que me casé. Vaya, me voy ántes de que vuelva tu marido, puesto que no quieres que le arrime unos cuantos pescozones.

—¡Ay! no, señor.

—Le quitas lo que más falta le hace, oponiéndote á que se los dé.

Y poco despues entraba el marido, grave, cejijunto, aparentando una cómica dignidad, y se sentaba á comer, y no miraba á su mujer y daba golpecitos en la mesa con el cuchillo, y al chico mayor le largaba un bofeton, porque se reia al ver á su padre con la cara tan apretada, y comia de prisa, y en comiendo tomaba el sombrero y se marchaba. ¡Si estaria preocupado que tenia ya olvidada su aficion á la *Historia de la Inquisicion!*

A la media hora volvia en actitud reservada y trascendental, daba una vuelta por la casa, miraba á su mujer y á los chicos, á ver si sorprendia algun gesto de sorpresa ó turbacion, y despues salia otra vez majestuosamente. Un dia dijo á su mujer que no vendria á casa por la noche, porque habia de velar á un compañero que tenia un tifus terrible, y se pasó gran parte de la noche embozado hasta los ojos, viendo quién salia y quién entraba, y á las tres de la madrugada llamó con grandes golpes en la puerta, y alborotó á toda la vecindad, y no se murió de una pulmonía á

consecuencia de haber hecho tantas horas centinela en la calle, porque Dios no quiso ser severo con un tonto, y tuvo compasion de la mujer inocente.

Carranque no tenia amigos ántes de ser celoso; como gustaba de estar cerca de su mujer siempre, no le sobraba tiempo que dedicar á sus amigos, pero ahora, como no estaba en casa, frecuentaba los cafés, y contraia amistades, que nunca le habian hecho maldita la falta. Uno de sus amigos era aquel Gonzalez, compañero de oficina, y autor dramático, que habia logrado se le representase una comedia en el Circo. Gonzalez era un jóven muy listo, muy listo, pero demasiado listo. Vivía en el más completo desórden, y era por extremo aficionado al juego y á la disipacion. Vanagloriábase de ser irresistible para las mujeres, y se jactaba, como D. Juan Tenorio, de no perdonar viuda, casada ni doncella.

Y en semejante hombre depositó el majadero marido su confianza, y á él fué á quien habló de las sospechas que tenia de que su mujer le hubiera sido infiel, y el travieso amigo, que se reía grandemente de Carranque, alentó sus dudas y aumentó sus sospechas con diabólica intencion.

Y el necio creyó más al falso amigo, que á la mujer honrada y virtuosa. Así son muchos hombres.

Carranque llevó á Gonzalez á su casa, le pre-

sentó á Mariquita como su mejor amigo, y se ofendió mucho de que ella mirase á Gonzalez con indiferencia primero, con desden luego que conoció la buena mujer la falsa amistad del calavera y la indignidad de su marido.

Distraido ya con su flamante amigo, el señor Carranque tuvo necesidad de algun dinero, para corresponder á la galantería de Gonzalez, que muchas veces le habia convidado á café y copa, y empezó á escatimar á su mujer lo más preciso. Ya no le daba la paga íntegra, sino que se reservaba cierta cantidad para sus gastos, porque un hombre debe quedar bien en todas partes, y no se queda bien en ninguna no llevando dinero.

Doña Mariquita calló, y procuró atenerse á lo que le daba su marido, y despidió á la criada, y se impuso mayor trabajo, é hizo prodigios de habilidad en el cosido y zurcido de las ropas de sus hijos para hacerlas durar indefinidamente, y entre tanto el marido, cada vez peor aconsejado por el traidor Gonzalez, cada vez más aficionado al café, y más entusiasta del talento y la picardía de su amigo, se divertia grandemente, iba al teatro con billetes que el otro tenia abundantes, bromeaba con las coristas de la Zarzuela, y se quedaba arrobado, absorto, contemplando á una bailarina de última fila, cuya suerte le interesaba profundamente, porque la *artista* sólo ganaba seis reales diarios, por intrigas de otras, y porque su

esclarecida virtud le impedía aceptar los favores más que interesados de poderosas influencias teatrales.

El majadero iba camino de convertirse en infame. Admiraba la modestia y la virtud de la bailarina de seis reales, y olvidaba la de su bendita mujer, la de la heroica y sufrida madre de sus hijos.

IX.

El tonto que se extravía de sus deberes es lo mismo que un caballo de coche de alquiler, que se desboca una vez, despues de mucho tiempo de andar á paso de tortuga, insensible á los palos del cochero. No hay quien le contenga hasta que se estrella

Carranque tomó el gusto al café, á los vestuarios de las bailarinas, al baile de Capellanes y á la casa de doña Marcela, antigua patrona de Gonzalez, que cansada de *lidiar* con los huéspedes, y con un capitalito modesto, puso una *casita decente* de juego, sin otra mira que sacar tres ó cuatro duros diarios, sin hacer daño á nadie, porque eso sí, ya se podia ir á casa de doña Marcela, que allí no entraban más que personas conocidas, y se jugaba *legalmente* desde una pesetilla en adelante;

es decir, que era el juego al alcance de todas las fortunas. Como decia la dueña de la casa, era una reunion de confianza, donde no habia necesidad de presentarse *vestido*, y se pasaba el rato en amistosa compañía, ya apuntando á un *as* que tuviera buena pinta, ya departiendo con las hijas de un brigadier, ó con la viuda jóven de un agente de negocios que se habia pegado un tiro, ó se oia cantar canciones de zarzuela á las dos sobrinas de doña Marcela, que habian estado un año matriculadas en el Conservatorio, y no ganaron el premio por intrigas de los profesores, ó se deleitaba el ánimo oyendo cantar romanzas de *Il furioso* y de *Beatrice* á un caballero alto, muy gordo, con una barba hasta los piés, que habia sido en el teatro Real cuarto bajo profundo, y que era capaz de jugarse los calcetines.

Gonzalez era alli el gallito. A doña Marcela la llamaba *mamá*, y le pedia dinero frecuentemente; á la viuda del suicida le hacia versos endecasílabos; á las sobrinas de la dueña de la casa les llevaba comedias y novelas para que se instruyeran, y al bajo cantante le traia entusiasmado con la idea de ajustarle de director de escena en la Zarzuela en la próxima temporada. Gonzalez llevó á Carranque, y éste fué, por consiguiente, perfectamente recibido por todas aquellas dignas personas, y apuntó su medio duro á una *sota*, y como, por una notable singularidad, sucede siempre

al que juega por primera vez, ganó, ganó unos doce ó catorce duros, por lo que todos le felicitaron, hasta los que los habian perdido, y particularmente doña Marcela, que tenia una gran satisfaccion en que las personas que la honraban quedasen contentas de las honestas distracciones de su casa. Carranque salió contentísimo, y se asombraba de haber estado tantos años retraido de la sociedad, porque si en tantos años hubiese ganado todas las noches doce ó catorce duros, ¿quién le hubiera tosido á él?... Nadie; él sí que hubiera tosido á todo el mundo.

Ya no mortificaba con sus celos á la sin par doña Mariquita, porque como él se divertia siempre que hallaba ocasion, pensaba poco en su pobre mujer. No estaba en casa más que las horas de comer y dormir, excepto cuando no estaba á esas horas, porque comia en la fonda con Gonzalez, ó pasaba gran parte de la noche en casa de doña Marcela, y si uno ú otro ó los dos habian ganado algo, era de rigor cenar en los Colmados de la calle de Sevilla, que ya estaba el hombre cansado de comer garbanzos, y fideos y escarola, y gustaba de administrarse unos langostines bien sabrosos, ó los ricos calamares en salsa, ó los riñoncitos con tomate, ó las chuletas de ternera con mucha mostaza, y por remate unos boquerones y la racion del legitimo queso de Gruyere, todo acompañado de rico Valdepeñas ó fina manzanilla.

Carranque habia sacado los piés del plato, y hasta se habia hecho progresista, y en la oficina, donde ántes no hablaba una palabra, se despachaba á su gusto contra el gobierno, que le parecia poco liberal, y era ya vocal honorario de la junta de salvacion y defensa formada en la calle de Silva para cuando se armara la gorda, y sorprendió á su mujer con la novedad de que todos los dias le echaban por debajo de la puerta el número de *La Iberia*.

—Cuando vengan los míos, pensaba, no seré yo ménos que gobernador de provincia.

Carranque seguia siendo necesario en su oficina; á no ser por esto, su intemperancia política le habria valido una justa cesantia. El director habló al ministro de la actitud política del empleado, y el ministro le llamó; Carranque acudió, pero no respetuoso y comedido como la otra vez, sino descarado y arrogante.

—Le llamo á V., le dijo S. E., para advertirle que no gusto de que los empleados hablen de política.

—Cada uno tiene sus ideas, contestó Carranque.

—En hora buena, pero en la oficina no se debe hacer más que trabajar, y no me parece conveniente que los empleados murmuren de las personas encargadas del gobierno. Ya está V. advertido.

—Muchas gracias.

—Por consideracion á su mujer de V. no he querido que sea V. declarado cesante.

En este punto el gran majadero recordó sus ya dormidos celos.

—¿Y qué tiene V. E. que ver con mi mujer?...

—¡Hombre! nada; sé que es una excelente señora.

—¿Le parece á V. E. excelente?...

—Sí, señor, muy buena y digna de respeto.

—Y yo, ¿qué le parezco á V. E.?...

—Hombre, á esa pregunta debo contestar que me parece V. un majadero.

Y le volvió la espalda.

Carranque salió furioso, y quiso presentar su dimision, mas los compañeros le disuadieron de semejante intento, tomándose por él un interés que no merecia. Pero desahogó la cólera en su casa, injuriando á su mujer, denostándola y maltratándola gravemente de palabra, y de obra la iba á maltratar, cuando, viendo entrar doña Mariquita á su padre, corrió á abrazarse á su marido, para librarle del tremendo palo que D. Pedro Salido descargó sobre él, bien que no tocó á Carranque, sino á su hija.

—Nada, no ha sido nada, exclamó doña Mariquita, casi sonriendo y llevándose la mano á la cabeza.

D. Pedro quedó aterrado; aunque de carácter tan arisco, amaba á su hija.

Carranque alborotó mucho.

Y doña Mariquita, herida en la cabeza, hizo esfuerzos sobrehumanos para aplacar á su padre, para disculpar á su marido, para evitar las consecuencias de aquella escena. Y luego que pudo hacer salir á su padre, se acercó á su marido y le dijo:

—Tú eres injusto conmigo, eres duro y cruel, has perdido el amor que me tuviste, olvidas que soy la madre de tus hijos, no amas á estos, apenas nos das para comer... No me quejo; eres mi marido, te debo obediencia y respeto. Mi padre te ha ofendido, te ha levantado la mano... yo no lo he podido evitar, pero, por dicha, he recibido el golpe que iba dirigido á ti. Tú harías lo mismo que él, si vieras maltratar á tu hija. Él es demasiado fiero para conocer su falta, pero yo, que contigo debo ser humilde, te pido perdon...

Y el Sr. Carranque, en lugar de abrazar á su mujer y pedirle perdon, pues él solo era allí el verdadero culpado, la rechazó y se marchó.

El hijo mayor de Carranque habia presenciado la escena, y corrió á su madre viendo que de la cabeza le salia sangre.

—Hijo mio, le dijo la pobre, cuidado con que digas á nadie lo que has visto.

—Papá te ha pegado...

—Tu padre tenia razon, hijo mio. Cuidado con decir de tu padre, ni ahora ni nunca, nada que no sea en su honor y en su defensa.

X

El lector agradecerá que le haga gracia de la descripcion de la vida disipada en que siguió Carrique, pero no omitiré que hizo á su mujer el mayor agravio que un esposo puede hacer á una esposa honrada y virtuosa: tuvo una querida.

Gastaba con ésta sus ganancias del juego y su paga, y doña Mariquita trabajaba para dar de comer á sus hijos, y les educaba, y no tuvieron otro maestro para aprender á leer y escribir, y cuando le preguntaban por su padre, les decia:

—Hijos mios, si no está aquí es porque no puede, porque está trabajando para nosotros. Y no porque no le veais aquí frecuentemente debeis amarle ménos; al contrario, debeis amarle más y más cada dia, y cuando viene un momento, demostrarle vuestro amor besándole la mano, acariciándole, para que él os quiera y encuentre agradables los momentos que esté en casa.

Así pagaba la excelente mujer los agravios de su marido.

Otro ministro, ménos benévolo y tolerante que el que recibió la visita de doña Mariquita, dejó ce-

sante á Carranque, el cual, como habia descuidado ya sus deberes de empleado, se habia hecho mucho ménos necesario en su destino.

Pero ¿qué le importaba la cesantía?... Pronto iba á triunfar la conjuracion fraguada por su partido, y él seria lo que quisiera, porque estaba metido en el ajo, y mucho más metido despues de perder el destino. Y era el hombre tan avisado tambien para conspirar, que un dia que llevaba cartas muy interesantes referentes á la conspiracion, encontró á un acreedor, y para probarle que pronto tendria con qué pagarle, le enseñó las cartas que llevaba y le dió detalles preciosos acerca de los manejos de los que por entónces trataban de salvar al pais, que, con tantos salvadores como ha tenido y tiene, cada vez está el pobre más arruinado y perdido. El resultado fué que el dia siguiente el gobierno cazó á muchos de los conspiradores, y entre ellos al mismísimo Carranque, quien fué llevado á la cárcel y encerrado como si fuera un hombre temible, y no lo era poco, en efecto, porque un majadero es capaz de producir los mayores desastres. Y ejemplos hay en España, muchos y recientes, de esta gran verdad.

Cuando Carranque estuvo en chirona no se le ocurrió enviar la noticia á la mujer con quien sostenia culpables relaciones; acudió á la mujer propia, que, solícita, se dispuso á asistirle en lo posible, llevándole la comida todos los dias á la

cárcel, y corriendo á ver á todas las personas influyentes, para pedir la libertad de su marido, y al cabo de algunos meses la consiguió.

Pero Carranque habia tomado el gusto á la politica, y holgábase mucho de haber estado en el Saladero, porque éste era un gran mérito, que valia mucho más que la ciencia y los servicios al país, y hacia medrar con mayor facilidad que el estudio y los sacrificios por el bien general. Esta es la triste verdad; todo el que presume de hombre politico necesita, para adquirir verdadera importancia, que le soplen en la cárcel, por supuesto cuando sabe que la cosa no ha de pasar de cierto tiempo de encierro, que cuando va de veras y se corre peligro de perder la piel, entónces procura cada cual ponerse en franquía, dejando en las astas del toro á los aficionados que salen á armarla por unos reales, ó por unos vasos de vino, ó por pura comezon de disparar tiros, que tambien hay de estos revolucionarios desinteresados, que siempre les está pidiendo el cuerpo jaranita, y en teniendo ocasion allá van, sin pensar siquiera en si luego han de ser ó no recompensados.

Pero le sucedió á Carranque lo que era de esperar; los jefes de la conspiracion no se fiaron ya de él, habiendo sabido que por una imprudencia suya se habia malogrado la intentona. El hombre no halló acogida en ninguna parte, y se vió en muy precaria situacion.

La individuo por quien habia abandonado á su mujer, era ménos aficionada que él á la política, y se marchó á Paris con un apuesto y bizarro gimnasta del Circo ecuestre, que era entusiasta de las españolas y quiso llevarse una muestra al extranjero.

Carranque volvió á su casa, mohino y alicaído; que allí encontraba amor, consideracion y respeto, y su mujer le cuidaba, y sus hijos, enseñados por su madre, le acariciaban y le entretenian mostrándole lo que sabian ya.

Pero Carranque tenia muchos amigos, que los habia conocido en cafés y billares, en los centros de conspiracion, en las casas de juego y en la Puerta del Sol, en la acera de frente al Ministerio, que es el casino de los cesantes; y un dia uno de estos amigos le llamó aparte, y le dijo:

—Hombre, me va V. á hacer un favor.

—Con mucho gusto.

—Yo no puedo ir en este momento á cobrar esta letra, porque estoy citado ahora mismo con el general X... que ya sabe V. que es el que va á dar el golpe.

—¡Hombre! ¿y cuándo?

—Acaso mañana. Esta letra la han de pagar á la una en punto, y va á dar. Hágame V. el favor de ir á cobrarla, y vuelva V. aquí mismo, que yo no tardaré. Y se gana V. un duro.

Carranque tomó la letra de 20,000 rs., y se fué

con ella á casa del banquero á cuyo cargo venia el documento..

El que le habia dado el encargo echó por otro lado muy deprisa, y cuando Carranque entró en la casa del banquero, en la calle de Atocha, él estaba ya acechando desde un portal de enfrente.

Pasó un rato; de casa del banquero salió un joven, y poco despues volvió y detrás venian dos guardias.

El que acechaba salió de su escondite, y muy apresurado se metió por la calle de las Urosas, diciendo:

—Lo han conocido. ¡Qué mala suerte! ¡Bien hice en darle la letra á ese tonto!...

Cuando Carranque presentó la letra al cajero, éste la miró y remiró, y le dijo:

—Siéntese V. un momento.

Luego sacó unas cartas, consultó un libro grande, miró al portador, y salió de la caja, diciéndole:

—Espere V. un momento, que voy á buscar lo que me falta.

Y envió á un dependiente á buscar los guardias.

Carranque los vió llegar, y comprendió que allí habia algo muy grave para él, se turbó, y se puso livido.

—Esta letra es falsa, le dijo el cajero.



—No es mia, murmuró Carranque; un conocido me encargó cobrarla.

—Eso se lo dirá V. al juez.

—Señor, que soy un padre de familia.

—Siento mucho lo que V. va á sufrir y lo que sufrirá su familia, pero V. ha venido aquí á cometer un robo.

—Protesto que yo no tenia conocimiento.

—Es inútil que dé V. explicaciones. He cumplido con mi deber, aunque me duele. La justicia oirá á V., y le devolverá su fama, si es inocente.

Y Carranque volvió á la cárcel, acusado de un delito feisimo y sin poder probar su inocencia, porque no sabia siquiera el nombre del que se llamaba su amigo, que le habia entregado la letra.

Por entónces se habian cometido muchas estafas por medio de letras falsas, y se habia levantado gran clamor en la prensa, pidiendo severidad para los estafadores que fueren habidos.

Todo venia á empeorar la situacion del acusado, que se veia en aquel negro trance por tonto.

Doña Mariquita recibió este rudo golpe, y hubiera muerto de vergüenza si no hubiese visto junto á ella los siete hijos infelices, que no tenian más amparo que ella. Corrió á ver á su marido, cuando estuvo en comunicacion, y al verle ruboroso, avergonzado, le dijo:

—Delante de mí no te avergüences; yo no vengo á juzgarte, que vengo á darte consuelo y esperanza. Nada te pregunto sobre la causa por que te hallas en este sitio.

Carranque refirió á su mujer lo sucedido, y ella le creyó.

Y el pobre tonto vertió lágrimas de agradecimiento al ver que cuando nadie creia en su inocencia, cuando todos le juzgaban criminal, su mujer, á la que habia tratado tan inicuaamente, á quien habia ultrajado, humillado y escarnecido, creia las palabras de su boca, y le estrechaba la mano, diciéndole:

—Valor, esposo mio, Dios nos envia esta prueba. Valor; no temas por tus hijos mientras yo aliente, y confia en que Dios hará que se reconozca tu inocencia.

Doña Mariquita no pudo convencer á los jueces, por más esfuerzos que hizo.

Habia una prueba de la culpabilidad de Carranque; habia tambien presunciones de que fuera inocente; pero aquella prueba era más fuerte que estas, y Carranque fué sentenciado á ocho años de prision, en primera y segunda instancia.

El preso apeló nuevamente de la sentencia, pero su apelacion no sirvió más que para que se confirmara definitivamente la condena.

Ya no habia esperanza; sólo siendo hallado el verdadero criminal y confesando éste su delito,

podia salvarse Carranque de la afrenta que habia caido sobre él.

XI.

Una madrugada, el carcelero despertó á Carranque, diciéndole:

—Vamos, arriba, que va V. de viaje.

—¿Qué es esto?... ¿qué pasa?... preguntó el preso todo asustado.

—¡Hombre! no es para tanto, repuso el guardián, no le van á V. á sacar al palo... Es que va usted de viaje, ahí cerquita, á Valencia, y en buena compañía, y con tropa armada para que no le suceda á V. nada en el camino.

—¡Dios mio!... ¡Y no poderme despedir de mi mujer!...

—Si me deja V. una carta, y algo para el mandadero, se le llevará la carta.

—Por necio me sucede á mí todo esto, por fiarme de amigos.

Carranque bajó al patio; allí fué atado con un gran criminal que iba á ser su compañero de viaje.

Él era allí el único que llevaba levita: los presos que iban destinados al mismo presidio, recibieronle con gran algazara; todos eran criminales reincidentes.

—¡Oiga! ¡un señorito! exclamó el que iba á ser su pareja. Me alegro yo de que tambien vayan los señoritos á presidio. Lo malo es que van pocos.

—Este no habrá tenido dinero, y por eso va...

—¡Y llora el *chavó!*

—Se conoce que es novato.

—No tengas *cuidiao*, hombre, que yo he estado ya tres veces de pupilo en Ceuta, y he salido otras tantas. Ahora dicen que voy por diez años á Valencia. ¡Por diez años!... aunque parece que voy á estar diez años, lo que es la Nochebuena que viene he de ir yo al Prado como un caballero, con mi pandereta...

—¡Vaya un mozo de chapa, que llora como un chiquillo!

—Oye, conmigo no vengas tan *astigio*, exclamó el compañero, que á mí no me gustan los llorones, y te sacudo una *coz* que te rompo una pata. Y mira que lo que ofrezco lo doy, no siendo dinero, y por ser hombre de palabra, hago este viaje, porque le prometí al Tuerto, en la Ribera de Curtidores, despacharle de una corta, y le despaché... ¡Alza, gaché! alégrate, que vamos á buena tierra.

El alcaide de la cárcel entregó los doce presos destinados al mismo punto, al sargento de la Guardia civil, encargado de su custodia, y escoltados por seis guardias salieron á la calle, cuando

la aurora empezaba á disipar las sombras de la noche.

En el momento de salir los presos, una mujer, que estaba sentada en una piedra, enfrente de la puerta de la cárcel, corrió hácia los sentenciados, y sin que lo pudieran impedir los guardias, se abrazó estrechamente á Carranque.

Muchos dias habia ido en vano á esperarle, no sabiendo el señalado para su salida.

El sargento se acercó mal humorado, y dijo á la mujer:

—¡Eh! buena mujer, basta.

—¡Por Dios! exclamó Mariquita, con acento tan doloroso, que el sargento se sintió conmovido; que es mi marido, que es el padre de mis hijos, y es inocente.

Carranque no podia articular palabra.

—Toma, le dijo Mariquita, diez duros que he reunido. No he podido más: toma dos camisas, un escapulario de la Virgen del Cármen, y este medallon con pelo de tus hijos. ¡Valor, esposo mio!... Confía en mí, tus hijos serán buenos... ¡Adios!... Adios mi esposo, mi compañero. Tu mujer no se avergüenza de tí. Tu mujer sabe que eres inocente. Tu mujer te librárá de la infamia, ya que no puede librarte de las penalidades que vas á sufrir como un criminal. Adios, otra vez. Dios nos proteja. Reza, acuérdate de tus hijos.

—Señora, dijo el sargento, yo bien quisiera

que hablara V. con su marido todo el dia, pero no puedo consentirlo más. Mi consigna no es ser sensible en estos casos. Vamos, en marcha.

Doña Mariquita besó á su marido y se arrancó de sus brazos.

—Cumpla V. su deber, señor sargento, y Dios le pague la caridad con que nos ha tratado.

—¡Voto á brios!... ¡que me den á mi siempre estas comisiones! murmuró el militar procurando dominar su emocion.

La cuerda de presos se puso en marcha.

—¡Perdóname, esposa mia! gritó Carranque con angustiada voz á su mujer.

—¡Adios!... ¡adios, esposo mio!

Los mismos miserables, que acompañaban á Carranque en el triste viaje, se sintieron impresionados por la escena que acababan de presenciar. Todos guardaron silencio durante largo rato, y sólo se oía el acompasado andar de los guardias y los sollozos del infeliz marido de doña Mariquita.

Esta siguió mucho tiempo á los viajeros, y anduvo cerca de dos leguas. Ya no podia más.

—¡Adios, esposo mio! gritó corriendo á abrazarle por última vez.

—¡Alto! exclamó el sargento. Descansemos aqui un poco, y así podrá esta buena mujer despedirse de su marido.

—¡Bendito sea quien tiene tan buen corazon!

dijo doña Mariquita, besando la mano del valiente y generoso soldado.

Doña Mariquita consoló y alentó á su marido, le aseguró que nadie sabría su desgracia, que sus hijos la ignorarian siempre, hasta que pudiera rehabilitarse haciendo ver claramente su inocencia, y derramó en el corazon del infeliz condenado tan benéfico bálsamo de amor, de fe en Dios, de esperanza en su justicia, que Carranque se sintió muy consolado, todo lo consolado que podía en aquella desesperada situacion.

Abrazáronse por última vez los esposos, y siguieron los presos y sus guardias, y la desolada doña Mariquita quedó allí mirando á su marido hasta que dieron todos la vuelta del camino, y desaparecieron.

.
Doña Mariquita volvió á su casa, y sus hijos la vieron con su amorosa sonrisa de siempre, en tanto que su pobre corazon sufría horrible, inacabable dolor.

Solamente el padre de Mariquita sabia el infortunio de que eran víctimas ésta y su marido, y el viejo, ante aquella desgracia, se conmovió profundamente, y determinó ir á vivir con su hija y sus nietos y ayudarles con lo poco que podía.

Doña Mariquita vendió lo que tenia en la casa que valia algo, y sólo permitió á su padre que

pagara los cien reales que costaba la casa; ella trabajaría.

Y trabajó con tanto ardor, con tanta habilidad que pudo considerar completamente asegurado el trabajo para mucho tiempo. Si Dios le concedía el bien de la salud, sus hijos no se morirían de hambre.

Antes de amanecer se levantaba á trabajar, y solamente dejaba el trabajo para cuidar de sus hijos, disponerles la comida y enseñarles buenas máximas religiosas. A la una de la noche su cuerpo cedía á la fatiga, sus párpados se cerraban, y muchas veces sobre la misma labor dormitaba dos ó tres horas.

Y esta vida pudo soportarla un año y otro año, por el amor de sus hijos, porque el afán de cumplir sus deberes le daba fuerzas sobrenaturales.

A sus hijos les hablaba todos los días de su padre; deciales que era el mejor de los padres, que ni un momento debían olvidarle, y tales encomios les hacía del ausente que los chicos veneraban, adoraban á su padre y suspiraban por verle, y se aplicaban con ahinco para que su padre los viera, al volver, estudiosos, aprovechados y útiles.

—Él os premiará, les decía su madre; cuando vuelva de donde está, os premiará con su amor, y, si Dios oye mis súplicas, os dará un bien que es el más digno de estimación.

—¿Y dónde está nuestro padre?... preguntara alguno de los hijos de Carranque.

—Está donde Dios ha querido; básteos saber que piensa mucho en vosotros, que por vosotros suspira, y que volverá para no separarse ya nunca de vosotros. Roguemos á Dios para que le dé salud y nos le traiga pronto con honra á nuestro lado.

XII.

Pasaron seis años. Doña Mariquita hizo muchas gestiones para que se revisara la causa de Carranque, pero no pudo lograrlo.

Uno de los varios ministros de Gracia y Justicia que hubo en aquel espacio de tiempo, dijo á doña Mariquita, condolido de su situacion, que hiciera una exposicion á la reina, pidiendo el indulto, y le dió su palabra de resolverla favorablemente.

—Señor, contestó dignamente, indulto significa perdon, y el perdon supone falta cometida; mi marido es inocente: cometió una ligereza, fiándose de un falso amigo, y creyendo de buena fé que la letra que iba á cobrar para entregar luego su importe á aquel, era legitima. No hay crimen en mi marido, señor, no puedo hacerle la ofensa

de pedir perdon para él. Si toda la vida hubiera de estar en presidio, y un indulto le pudiese librar, no le pediria. Cúmplase la voluntad de Dios.

Pero un dia, doña Mariquita supo con indecible placer una noticia, que le pareció habia de influir mucho en favor de su marido.

Aquel ministro, que le ascendió de meritorio á empleado de planta, habia sido nombrado para el ministerio de Gracia y Justicia.

Doña Mariquita acudió á él, pero el ministro, que recordaba muy bien á Carranque, y la última entrevista que tuvo con él, compadeciendo mucho el infortunio de la atribulada esposa, no creyó en la inocencia del sentenciado, y, como su antecesor, ofreció únicamente el indulto del resto del tiempo que le faltaba de condena.

Este indulto no era la honra que la excelente mujer queria para su marido y para sus hijos.

Y escribió á Carranque.

«Me ofrecen indultarte, pero yo rechazo ese indulto. Cumple tu condena y vuelve luego á ver si encuentras al infame que te perdió, y al cual sólo tú conoces. Solamente en la Providencia podemos esperar; si la Providencia no te hace descubrir á ese miserable, humillemos la frente, acatemos sus designios y aceptemos con humildad la inmerecida deshonra.»

Bien hacia la amante madre en confiar en la

Providencia. En medio de su dolor, doña Mariquita estaba tranquila, satisfecha de sí, cada vez más animada y fuer'e para el trabajo, porque en sus hijos hallaba la recompensa de sus sacrificios. Bien hubiera querido que todos siguieran una carrera brillante, pero las circunstancias en que se hallaba lo impedían. Unicamente á uno de los dos mayores, que era muy despierto y estudioso, le dedicó á las letras; ya cursaba en la Universidad en las cátedras de derecho.

—Puede, pensaba la madre, que algun dia logre el hijo rehabilitar la fama de su padre.

Esta era la idea constante de la dignísima mujer.

El otro hijo, al mismo tiempo nacido, ya ganaba diez reales en una casa de comercio, y los otros aprendían decorosos oficios.

Y nunca pudieron sospechar que su padre estaba en presidio. Doña Mariquita hizo de modo que todo lo pudieran sospechar, ménos la verdad.

XIII.

Como siempre sucede en España, seguía conspirándose para derribar al gobierno. Esta es la ocupacion constante de ciertos políticos cuando no están ocupados en saborear el presupuesto. Pero

el gobierno se propuso ser muy enérgico, y habiendo cogido á muchos conspiradores, quiso descargar sobre ellos el peso de la ley, y cuando los tribunales los condenaron se manifestó decidido á que la ley se cumpliera, y se hizo el sordo á todos los clamores de la prensa y de los diputados, que apadrinaban á los perturbadores del órden que habian caido en poder de la autoridad. Unos fueron á Filipinas y otros á Fernando Póo, sin que les valiera su amor á la libertad.

En Valencia habia un buque de la Armada para recoger una buena tanda de revolucionarios, destinados luego á grandes empresas y altos puestos, cuando triunfara su partido.

Y á Valencia fué dirigiendo el gobierno á los enemigos del reposo público,—que así llama siempre el gobierno á los que le hacen la oposicion,—y miéntras se reunia el número suficiente para llenar el buque, hacian escala en el presidio, en sitio separado del que ocupaban los presos por delitos comunes.

Una noche entraron en el presidio veinticuatro conspiradores, que acababan de llegar en un tren especial, que hasta esta distincion les otorgaba el gobierno. Apénas habian traspasado la verja de la puerta de la primera galería y penetrado en esta, cuando un presidiario se abalanzó á uno de los recién llegados, y cogiéndole por el cuello le derribó en tierra, exclamando:

—¡Al fin!... ¡Ya te tengo, miserable!

Acudieron los empleados del presidio, é hicieron al presidiario soltar la presa y le sujetaron.

El comandante del presidio se dirigió al agresor.

—Carranque, le dijo, ¿qué es esto? ¿qué ha hecho usted?...

—Señor comandante, contestó el presidiario, castígueme V., enciérreme, mándeme dar cien palos, pero ¡por Dios! óigame V. Este hombre que acaba de entrar es el miserable por quien yo estoy en presidio. No sabia su nombre y no le he podido revelar, y fui sentenciado porque todo se conjuró contra mí. ¡Bendito sea Dios! yo he sufrido ya la pena que me impusieron, pero mi honra quedará rehabilitada. Este hombre, señor comandante, es un falsificador.

—¿Qué dice V.? preguntó al conspirador el comandante.

—Que ese hombre está loco, respondió; yo no le he conocido nunca; yo soy un deportado político. Todos los que venimos aquí somos hombres de honor.

—No se habla aquí de los demás, dijo el comandante, sino de V.

—Pues yo no conozco á ese miserable.

—Bien, á mi no me toca averiguar la verdad. Carranque, ¿está V. dispuesto á sostener delante del juez lo que acaba de decir?...

—Sí, señor, ahora mismo, delante del juez, delante de todo el mundo.

—Está bien.

Los deportados fueron llevados á la sala que les estaba destinada, y el comandante mandó encerrar en un calabozo, por aquella noche, á Carranque, para castigar la falta que habia cometido maltratando al flamante personaje político.

Y dió parte de lo ocurrido al juez.

Ya sabia el comandante la historia del infortunio del pobre presidiario, y casi estaba convencido de su inocencia, por lo cual le habia distinguido dándole un cargo en el presidio, y evitándole trabajos penosos.

La mañana siguiente, el juez pasó á tomar declaracion á Carranque y al deportado, y en vista de la del primero, pidió antecedentes á Madrid acerca del segundo, y el resultado de todo fué que el que intentaba pasar por hombre político quedó detenido hasta que se esclarecieran los hechos sobre que versaba la acusacion de Carranque, sostenida con extraordinaria energia por éste, que, en tan largos años de padecimientos, habia recobrado el sentimiento de la dignidad, y queria honrar á sus hijos, aunque le costase la vida.

Inmensa fué la alegría de doña Mariquita cuando supo que su marido habia encontrado á quien causó su perdicion, pero nada notaron sus hijos. Como habia disimulado el agudísimo dolor de su

corazon tantos años, disimuló su alegría. No se atrevia á hablar á sus hijos de aquel suceso hasta estar segura de que su marido volvía libre de toda mancha.

Abrióse la causa nuevamente, y aunque el deportado se obstinó en negar el hecho, no pudo probar que la letra del documento falso no era la suya, que se vió en otros papeles y en otras letras falsas de la misma época. Pero todas estas pruebas duraron más de un año, el último de la condena de Carranque.

Y en aquel año la desdichada madre sufrió mucho mayor tormento, en la confusion de temores, dudas y esperanzas que la enloquecian.

Al fin la Providencia completó su obra y premió los afanes de la incomparable madre. Carranque fué rehabilitado, y el verdadero criminal, despojado ya de su carácter prestado de hombre político, ocupó dignamente un lugar en el mismo presidio donde tantos años habia penado su víctima.

XIV.

—Mañana llega vuestro padre, dijo doña Mariquita á sus hijos el dia anterior al en que iban á terminar sus penas. Vuestro padre no trae rique-

zas, pero trae para vosotros otra cosa que vale más que las mayores riquezas del mundo, os trae honra. Muchas veces me habeis preguntado en dónde estaba vuestro padre: os he mentido, y os ruego me perdoneis la mentira, que la mentira siempre es una falta. Vuestro padre vuelve de presidio.

—¡De presidio!... exclamaron los dos hijos mayores.

—Sí, hijos míos; dos años estuvo en la cárcel de Madrid, y más de ocho ha estado en el presidio de Valencia.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡qué vergüenza! exclamó el estudiante de leyes.

—No, hijo mío, vergüenza, no. Tu padre era inocente.

—¿Pues esa condena?...

—La justicia de los hombres no es infalible como la de Dios. Vuestro padre tuvo la desgracia de fiarse de un desconocido, que era un criminal; éste cometió el crimen, comprometió á vuestro padre y huyó. Vuestro padre fué condenado, porque contra él solo existía una prueba, que pareció irrefutable, de culpabilidad; pero, al fin, Dios ha hecho que el criminal verdadero vaya á ponerse en presencia del inocente, y todo se ha descubierto. Vuestro padre vuelve rehabilitado en su buena fama; su nombre está limpio de la infamia.

—¡Loado sea Dios!

—Sí; loado sea. Vuestro padre vuelve honrado, y ya no se ha de separar nunca de sus hijos. A vosotros os encuentra á todos en camino de ser útiles á la sociedad, hijos sumisos y respetuosos, inteligentes, aplicados al estudio y al trabajo. ¿Qué mayor beneficio nos podria haber otorgado la Divina Providencia?

—¡Oh madre! ¡qué buena es V.! exclamó el futuro jurisconsulto, y ¡cuánto me honro de ser su hijo!

—¡Hijo mio! repuso doña Mariquita, abrazándole y besándole con la mayor efusion, todos mis sacrificios, todos mis dolores están recompensados con esas dulces palabras que acabas de pronunciar. Tú serás honra de nuestra casa y gloria de tu madre.

El dia siguiente llegó Carranque á su casa.

Habia envejecido veinte años en presidio.

Sus hijos le abrazaron y se arrodillaron para besarle las manos.

—No, hijos mios, no, dijo el conmovido padre; no os arrodilleis delante de mí; ante vuestra madre debemos arrodillarnos todos, que es una santa. Yo, hijos mios, no he sido criminal, pero por haber olvidado mis deberes de esposo y padre, por haber buscado fuera de mi casa la felicidad que tenia en ella, me he visto en la mayor desgracia en que puede verse un hombre; he estado ocho

años en presidio. Pero no, no debo decir que la mia ha sido la mayor desgracia, porque la mayor es ser criminal. Hijos míos, bendecid á vuestra madre, porque á ella le debeis la salud, la honradez, los buenos y religiosos sentimientos, el amor al estudio, todo, en fin. Vuestro padre nada ha hecho por vosotros; sin ella estaríais completamente perdidos; sin ella, acaso un dia iríais á ese sitio de horrores de donde yo salgo. Ved lo que cuestan las malas compañías, las malas amistades, el olvido del hogar y de la familia. He perdido los mejores años de mi vida, os he condenado á la pobreza, he acibarado la existencia de la nobilísima compañera que me dió el cielo. María, María, perdona al esposo arrepentido. Hijos, perdonad al padre que tan poco ha hecho por vosotros, y concededle un lugar en vuestra casa. Desde hoy yo trabajaré, yo seré, ya que Dios me ha evitado ser un criminal infame, un hombre de bien.

Doña Mariquita y sus hijos lloraban de alegría.

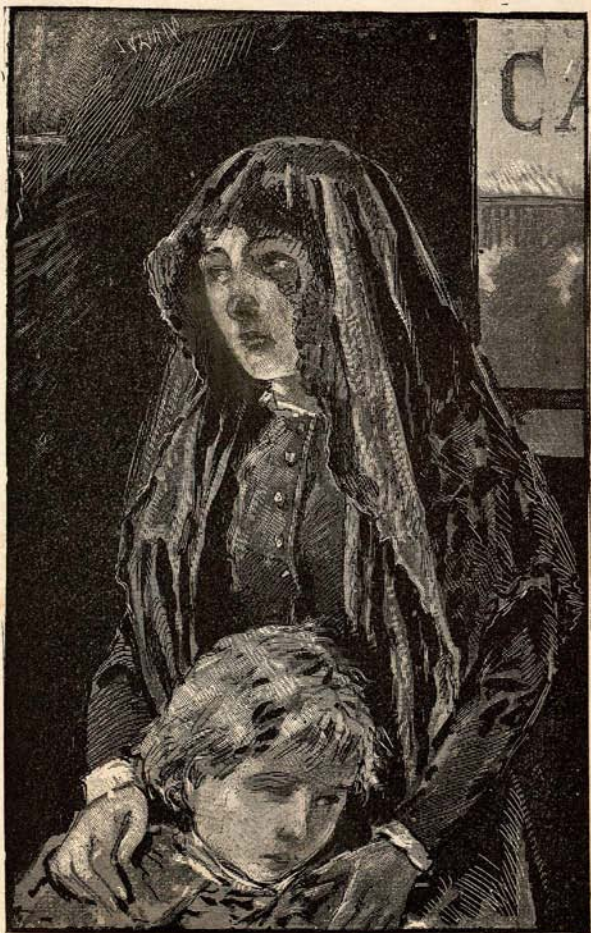
—¡Ah! ¡qué feliz soy! exclamó aquella; ya he olvidado todas mis penas, todos mis afanes, todos mis sufrimientos, que tantas veces creí no poder soportar, ofendiendo á Dios, que da á las madres fuerzas poderosas é incontrastables para sufrir por sus hijos. Ahora sí que me parece que no las voy á tener para tanta ventura.



XV.

Sólo falta decir que el bueno de Carranque fué colocado otra vez en un modesto destino; que D. Pedro Salido, el cesante de sales, murió tranquilamente, curado ya de su mal humor crónico; que los hijos de doña Mariquita siguen siendo muy buenos, gracias á la buena educacion que les dió su madre, y que todos están muy contentos con su honrada pobreza.

Gonzalez, aquel amigo de Carranque y compañero suyo de oficina, era un hombre de mucho ingenio, y podia haber brillado en la escena, como lo hacia presumir su primera produccion; pero, encenagado en el vicio, perdió la inteligencia y la dignidad, y ahora, hecho un perdido, anda por ahí, por las calles, esperando que pase una persona conocida á quien pedir una peseta ó dos reales. Su aspecto indica claramente que le quedan pocos años de vida. Pudo haber dado honra á las letras, honrándose él al mismo tiempo, pero la disipacion y los vicios le han hecho ser un ente miserable que ni siquiera inspira compasion.





V

LA CANTARINA

I.

Así la llamaban.

Era alta, delgada, pálida y muy bella. Su belleza era triste como la del crepúsculo; sus ojos, grandes y rasgados, eran negros como la noche, y en su mirada había tanto sentimiento, tanto dolor, que era fácil comprender que aquella mujer había sufrido mucho. Pero todavía no se la puedo presentar al lector.

Un día se hallaba Gomez meditabundo y cabizbajo, sentado detrás del mostrador, mirando con tristeza, y diré que casi con ira, el artístico grupo de botellas de ron, marrasquino y noyó que se elevaba en uno de los ángulos del mostra-

dor; Gomez era el poco venturoso dueño de un café, no muy elegante ni muy aseado que se diga, situado en una bulliciosa, aunque extraviada calle de Madrid, en el barrio de Lavapiés. En su oficio de camarero, habia hecho algunos ahorrillos y puesto un establecimiento en aquel sitio, deseoso de moralizar y elevar á la gente del barrio, alejándola de las tabernas y acercándola al café, que siempre es más decente, aunque tambien en el café se emborracha uno cuando quiere, y se arma cada belen que no hay más que ver.

Al principio no le fué mal á Gomez; tenia bastante parroquia, y por las noches se reunia allí un monton de *señoras* y otro de *caballeros*, que hacian mucho gasto de ron y marrasquino, con gran contento del amo, que ganaba en cada botella una barbaridad, como quiera que aquello ni era ron ni marrasquino, sino bala rasa aderezada con alguna composicion que le daba cierto saborcillo y cierto colorido. Los sábados era el negocio redondo, porque los trabajadores habian cobrado y podian administrarse el café y la copa, y convidar á alguna moza á tostada con mucha manteca, y en esto ya no ganaba tanto el bueno de Gomez, porque ninguna *señora* se contentaba con ménos de un cuarteron de manteca bien extendida en el medio panecillo largo; pero, luego que conoció la aficion de sus favorecedoras, lo dispuso de modo que tambien ganaba en las tostadas.

porque hizo provision de una singular manteca de Flandes, que si no era sebo pintado, creo yo que los más renombrados quimicos de Europa no hubieran adivinado lo que era, y el mismísimo Liebig, cuya propia carne creen algunos que se vende en botes de libra y media libra, se habria visto muy apurado al redactar su informe, despues de hacer el análisis de aquella manteca.

Pero un dia vió Gomez que enfrente de su casa, pintores y papelistas se ocupaban en arreglar y adecentar una tienda que hasta entónces habia estado desalquilada, y en verdad que la pusieron muy maja, forrada la parte interior de papel, en que estaba representada toda la campaña de Africa, y las puertas pintadas de verde con unos adornos encarnados del mejor gusto; el dia siguiente al en que se terminó la obra, otro pintor puso la escalera, preparó los avíos, y despues de señalar dos rayas á lo largo de la muestra, empezó á pintar gallardamente una C, y luego una A. y pintadas estas letras se fué á comer.

Y entre tanto, Gomez, desde la puerta de su acreditado café, discurria sobre qué seria lo que iba á decir al público la muestra de la tienda vecina.

—Será alguna carpintería, pensaba Gomez, ó alguna carbonería; pero para carbonería no hubieran puesto ese papel tan majo; sin duda será una *carnecería*, porque para eso sí que es propio

el papel que representa una batalla, puesto que en las batallas se hace por lo regular una carnicería. Está visto, eso es.

A las dos horas volvió el pintor, abrió la escalera, se encaramó, y pintó una que podía ser I, ó también podía ser parte de una B, ó de una E, ó de una L ó F.

—¡Ah! vamos, pensó el cafetero, será una *cafrería*. Me alegro, porque así la tengo cerca...

Pero cuál fué su asombro cuando vió que, terminada la letra, era una F, si no perfecta, bastante visible.

—¡Demonio! exclamó Gomez, no me falta más sino que me ponga ahora una E.—Y es claro, no puede ser otra cosa, á no ser que la tienda sea una *cofrería* y se haya equivocado el pintor poniendo A en lugar de O. También puede ser; cualquiera se equivoca. Yo mismo firmo muchas veces Gomez con J.

Pero el pintor puso la tremenda E, y luego se bajó de la escalera para ver desde la acera de enfrente el efecto que hacia su obra.

Gomez, al verle á su lado, le preguntó:

—Aunque sea mal preguntado, ¿no se ha equivocado V.?...

—No, señor... digo, me parece, contestó el pintor, temiendo que faltara algun acento, porque en esto no era muy fuerte.

—¿Es café?...

—Sí señor, *Café y billar del Federal*; eso es lo que voy á poner.

Gomez quedó aterrado. Un café enfrente del suyo era un acontecimiento trascendental para él.

A los cuatro dias se abrió el café nuevo, y para celebrar el suceso, toda la primera noche estuvo tocando dentro una murga, mientras en la calle bailaban, al son de aquella, toda clase de *porcas* las chiquillas del barrio, y en el establecimiento se servia *de grátis* el café á cuantos entraban, atraidos por la espléndida iluminacion de petróleo, y por la propiedad con que estaban pintados en la pared moros y cristianos sacudiéndose tremendos linternazos.

Gomez vió aquella noche su concurrencia muy mermada, y no podia ser de otro modo, porque el vecino daba *de grátis*, como el mismo decia, el género, y el ilustrado público no habia de despreciar tan estimable obsequio. Pero sucedió que la noche siguiente, Gomez oyó unas grandes voces, cuyo eco resonaba terrible, imponente y amenazador en su vacío establecimiento; salió á la puerta y se enteró de quién era la persona que voceaba de tan extraña manera.

Era una cantarina *flamenca*, no por haber nacido en Flandes, sino porque cantaba cierto género de coplas picarescas, á las que ha dado el pueblo ese nombre. La concurrencia era extraordinaria dentro y fuera del café, y de cuando en

cuando sonaban prolongados aplausos, y entre los aplausos se oía cada vez más fuerte y poderosa la voz, el vozarrón, mejor dicho, de la *flamenca*, que debía tener un pulmón *flamenco* también.

—Perdido soy, se dijo Gómez, volviendo á su desierto café en un estado lastimoso de abatimiento.

Las noches siguientes oyó también á la *flamenca*, y en su café no entraba nadie, y en cuatro días no había tenido que renovar la leche y el café de las cafeteras, y las botellas estaban allí sobre el mostrador, mostrando los vívidos colores de los diferentes esquisitos licores, que venían á ser un mismo aguardiente, y de los dos mozos que había conservado, despidiendo á cuatro más, el uno pasaba todo el día delectando *La Correspondencia*, y el otro, ménos aficionado á la literatura, se estaba en la puerta diciendo chicoleos á las buenas mozas que pasaban, y asustando con la servilleta á los perros que se acercaban con intención de entrar en el café; que han de saber Vds. que hay perros que, como muchos hombres, son muy aficionados al café, y entran en todos los que ven abiertos y dan una vuelta husmeando, porque siempre encuentran en el suelo algún terrón de azúcar, algún pedazo de tostada ó algún charquito nada limpio de café y leche, ó un pedazo de bizcocho mojado y pisoteado. Y estos perros conocen á los mozos, y los temen, y en viendo que

uno los mira meten el rabo entre piernas, y á escape tendido salen del café para ir á otro, del que tambien saldrán huyendo, amenazados con notoria crueldad.

Estaba, pues, Gomez vencido por su competidor, y no tenia más recurso que abandonar aquella industria y dedicarse á otra, ó introducir en su establecimiento tales mejoras y tan notables novedades, que el público desertase del café enemigo y llenara su casa, como la habia llenado ántes, honrándola grandemente. Pensó Gomez ajustar un jugador de manos, pero estos juegos ya están vulgarizados en la plaza pública; una compañía de zarzuela ó de drama heróico hubieran hecho su fortuna, pero no tenia donde poner el escenario; un violinista y un bandurrista serian oidos con gusto, pero no podian llamar tanto la atencion como la *flamenca* del vecino, mujer de trapío, hermosa estampa, escotada hasta el estómago, con unos brazos tremendos, muy abonada para bromear en los *entremedios*, como ella decia, con los consumidores; que de éste aceptaba una copa, de aquél un cigarro puro escogido, y del otro un pedazo de *ensaimá*, y siempre estaba de buen humor, y contaba con muchísima gracia sus aventuras de soltera, de casada y de viuda, con detalles que hacian reir mucho á los parroquianos á quienes honraba con su confianza, y le daban en el barrio una fama imperecedera.

—Yo necesito, decia Gomez, en su interminable soliloquio detrás del mostrador, una *cantarina*, pero una *cantarina* que eche la pata á la de enfrente, añadia bárbaramente, bien que á Gomez no se le podia pedir que supiera mucho de propiedad de lenguaje. ¿Y dónde encuentro esa *cantarina*?... Por arruinar al *Federal*—por este nombre era conocido el empresario de la *plumaca*—seria yo capaz de traer aquí á la Patti, si quisiera venir. Y nada, no hay remedio: ó encuentro una *cantarina de punta*, ó tengo que volver á ser camarero.

II.

—¿Es V. el dueño del café?... preguntó á Gomez una mujer pobremente vestida y con el velo echado, que acababa de entrar en el café, y se habia acercado al mostrador, sin que Gomez la viera.

—Perdone V., por Dios, murmuró éste creyendo que le pedia limosna la mujer.

—No vengo á pedir limosna.

—¿Pues qué?...

—Vengo á preguntar á V. si necesita una cantante.

—No, señora, una *cantarina* es la que me hace mucha falta.

—Es lo mismo; yo canto.

—¿Usted canta?...

—Sí, señor, y si me admite V. no le pesará. Yo tengo pocas pretensiones; con ganar para mantenerme y á una hija que tengo.

—Pero ántes sería preciso que yo supiera...

—¿Si canto bien?... Cantaré una noche, y si no gusto, no haremos el ajuste.

Era tan dulce el acento de la mujer, que Gomez la oía encantado.

—Yo no canto como esa señora que canta en el café de enfrente, pero creo que no disgustaré.

—Vamos, V. cantará por lo fino.

—Cantaré lo mejor que pueda, pero debo advertir á V., que cantaré oculta, que no quiero que se me vea.

—¿Y cómo ha de ser eso?...

—Basta con poner un bastidor delante del piano.

—Pero el pianista la verá á V.

—Tocaré el piano yo misma.

—Pero, V... parece una señora.

—No le importe á V. quién yo sea. Soy una desgraciada; no encuentro donde ganar el sustento de mi hija...

—¿Es V. viuda?...

—Sí, señor.

—Pues lo pensaré; vuelva V. mañana.

—Volveré.

Gomez no sabia qué hacer; si la *cantarina* no era de *punta*, no conseguiria vencer al terrible rival, y aquella mujer no tenia trazas de ser una artista de la fuerza y los pulmones de la *flamenca*, pero tambien podia ser que cantase bien por lo fino...

—Y en fin, ¡qué diablos! se dijo, más perdido de lo que estoy no puedo estar. Tomaré á la *cantarina*, y salga pez ó salga rana.

El dia siguiente se presentó la enlutada

—Y vamos á ver, le dijo Gomez, ¿cuánto quiere V. ganar?

—Lo que V. quiera.

—Le daré á V. doce reales, si gusta á los parroquianos.

—Bien: no moriremos de hambre mi hija y yo.

Dos dias despues, ya estaba afinado el piano y dispuesto un bastidor de tres lados que impedia ver á la *cantarina*. Esta acudió á la hora señalada por Gomez, y empezó á cantar. Pronto entraron algunas personas que estuvieron mucho tiempo en el café; sin duda les gustaba oir aquella voz tan dulce y simpática. Gomez interrogaba á los dos camareros acerca del efecto que notaban.

—Bien, le decian; la cantarina gusta; allí abajo ha dicho un parroquiano que tiene una voz de *triple*, que no ha oido otra como ella.

Los parroquianos del café del Federal también acudieron á oír á la nueva *cantarina*, y hubo entre ellos gran discusión acerca del mérito de la artista; los más íntimos de la *flamenca* sostenían que no valía tres pitos la voz de la incógnita rival, al paso que otros, más imparciales y desapasionados, aseguraban que su canto no era tan *flamenco* como el de la otra, pero que no por eso debían dejar de reconocer que cantaba de una manera que llegaba al alma. Y más de una cuestión hubo por este motivo, y se dieron y se recibieron algunos palos, equitativamente repartidos entre los íntimos de la *flamenca* y los conmovidos por la pura y argentina voz de la desconocida *cantarina*.

La fama de ésta cundió por Madrid, y Gomez empezó á ver en su café una concurrencia completamente nueva en aquel barrio. A las nueve de la noche, hora de empezar la música, llenábase el establecimiento de caballeros de buena apariencia, que pedían café ó té, y regularmente no le tomaban, aunque le pagaban, lo cual por un lado ofendía el orgullo de industrial del bueno de Gomez, y por otro le proporcionaba no corta ganancia, pues es claro que lo que no se tomaba servía luego para otros parroquianos ménos escrupulosos.

Todo el mundo oía absorto aquella delicada voz, tan llena de encanto y sentimiento, y al terminar cada una de las piezas, saludaban á la can-

tante atronadores aplausos, y pedían algunos con insistencia que se presentase para conocerla; pero Gomez iba de mesa en mesa calmando á los entusiastas, y diciéndoles que tenia ajustada la *cantarina* con la condicion precisa de que no se la habia de ver, en lo cual nada perdía el público, porque «es más fea que un mico, decia Gomez; si la vieran Vds. perderian la ilusion:» con lo cual quedaban satisfechos los aficionados.

Gomez veia llenarse el cajon de duros y pesetas, y no cabia en sí de gozo. A fuer de hombre agradecido, subió de tres á cinco pesetas el sueldo de la *cantarina*, y quiso hacer con ella un convenio por dos años, á fin de que no se la quitara otro cafetero más rumboso; pero la artista se negó asegurándole que no cantaría en ninguna otra parte.

Y entre tanto, la *flamenca* de enfrente veia cada noche disminuir el número de sus oyentes, y por más voces que daba á lo *flamenco*, llegó á verse favorecida únicamente por los diez ó doce amigos más constantes en su entusiasmo, los cuales, si favorecian mucho á la *donna*, no favorecian ni pizca al *Federal*, dueño del café, pues eran de los que no tomaban más que la silla y algun que otro vaso de agua, y si acaso tomaban algo, todavia era más en perjuicio del dueño, porque no solian pagar con mucha puntualidad que se diga.

Una noche, el *Federal* se acercó al corro de los abonados á la *cantarina flamenca*, y les dijo:

—Caballeros, yo tenia que hablar con ustedes, aunque Vds. me dispensen.

—Diga V. lo que le ocurre.

—Si en algo podemos servirle...

—Ya saben Vds. la novedad que hay.

—Sí, señor; *La Igualdad* lo trae, que Castelar ha *pronunciado* un discurso hasta allí.

—No es eso, no es cosa de política. Quiero decir que aquí no viene nadie.

—Sí, poca gente viene, pero es buena. Digo, me parece que de nosotros no tendrá V. nada que decir.

—El motivo ya saben Vds. cual es... La *cantarina* de enfrente, como se *ocurta*, y nadie sabe quién es... en fin, ha picado la curiosidad de la gente... y la gente es novelera... y luego, como ha dado en venir á oirla la aristocracia, que todas las noches vienen en coche una porcion de marqueses y *condeses*...

—No prosiga V., que ya sé á dónde va V. á parar...

—Pues entónces... yo quiero ver cómo se pone remedio á esto, y sin ofender á nadie, pongo por caso, se cierra ese café, revienta el amo, ó se llevan los demonios á la *cantarina*.

—Quiere decir que lo mejor es *tronarle* el café, armarle una noche una *culebra*, ó cosa así.

—Yo no quiero que nadie *padezca* por mí, pero el caso es que he perdido la parroquia, y que no se hacen arriba de veinte reales diarios, y dias de

diez y hasta de dos pesetas, y esto, merecería yo una albarda, como ustedes conocen, si lo consintiera, porque á republicano neto no me gana nadie, y quiero por lo consiguiente libertad, igualdad, fraternidad y liquidacion social, y anarquía universal, federal, regional y cantonal, pero con el conque de que á mí no me han de venir, como es notorio, á quitarme la parroquia y dejarme de esta conformidad.

—Tiene V. razon.

—Yo no puedo despedir á mi *cantarina*, porque saben Vds. lo que media, y cerrar el café, cuando hace dos meses que lo abrí, no me parece que está en el órden, y sería una vergüenza que desapareciera del barrio el único café que hay del partido.

—Bueno; pues no tenga V. cuidado, que vamos á pensar lo que se ha de hacer.

—Y se hará lo que se pueda.

—Yo lo *agradezgo*, y saben Vds. que pueden mandar con franqueza.

—Gracias; que nos traigan café... ¡Eh! ¿qué os parece? ¿tomaremos café?...

—Y unas copas.

—El amo nos hará el favor de tomar con nosotros...

—Sí, señores, y esta noche aquí no pagan ustedes...—Es verdad que las demás noches tampoco, añadió para sí el *Federal*.

Y los intimos de la *flamenca* tomaron café y repetidas copas, y la *flamenca* tomó tambien su vaso de noyó y marrasquino, y luego les cantó unas coplas federales nuevamente compuestas por un diputado republicano, que á fé que eran picantes, sabrosas y patrióticas.

—Vean Vds., dijo el *Federal*, cuando hubo terminado la *flamenca*, y la gente no viene á oír esas coplas, y va enfrente á oír cantar las lamentaciones de Jeremías, aunque me esté mal el decirlo, una música que no sabe á nada, ni tiene ningun aquel, ni mérito ninguno.

—Ya verá V. como todo se arregla.

—En Vds. confío, que no me dejarán mal, siendo del partido.

III.

—¿A dónde vas esta noche, esposo mio? decia Laura, la elegante Laura, á su marido, el elegante Adolfo Diaz, el hombre más á la moda en Madrid.

—Hija mia, voy á Lavapiés.

—¡Jesús!

—A oír á una cantante, que es notabilísima, segun me han dicho.

—¿De veras?

—Sí; canta en un cafetin, y todo Madrid va á oirla.

—¡Ay! pues yo quiero ir.

—¡Mujer! á un café de Lavapiés, ¿cómo has de ir tú?

—Pues quiero; así como estoy me echo un manto de la doncella, y vamos allá los dos esta noche como dos amantes...

—No puedo consentir.

—Pues yo no puedo dejar de ir, y si no me acompañas me voy con la doncella.

—No, eso no; pero no es prudente que vayas allí, donde supongo que habrá un público poco escogido.

—¿No dices que va todo Madrid?... ¿O es que te estorba tu mujer?... ¿Seguirás todavía tus aventuras de calavera?

—Ya no me opongo á que vengas.

—¡Ay! ¡qué gusto!...

Un cuarto de hora despues, los felices esposos, Laura y Adolfo, se dirigian, á pié, hácia el barrio de Lavapiés. Laura se apoyaba amorosamente en el brazo de su marido, y los transeuntes que los veian pasar imaginaban que eran dos amantes deseosos de soledad y de evitar encuentros de gente conocida.

—¡Qué tortolitos! exclamaba, viéndolos, una mujer que vendia á cuarto rosas en la esquina de la calle del Calvario.

—¡Contrabando! decía una moza de rumbo, que estaba esperando á la puerta de la taberna á su cuyo.

Y Laura se reía como una loca.

La pareja llegó al café, y tomó asiento delante de un velador, enfrente del bastidor que ocultaba el piano.

El café estaba lleno de una abigarrada concurrencia, en la que la gente del bronce se hallaba en mayoría.

—¡Jesús! dijo Laura á su marido, tenias razon en que yo no debía venir... tengo miedo.

Y en aquel momento empezó á cantar la incógnita cantarina con un acento tan dulce, tan melancólico, que todos escucharon en silencio, con la mayor atencion, fascinados por aquel sonido lleno de encanto y poesía.

—¡Dios mio! dijo Laura, esa mujer no canta... llora... y tambien lloran las teclas de ese piano. ¡Qué dulce voz!... ¡qué tristeza tan encantadora!

Y la cantarina cantaba:

Yo le amaba, yo le amaba,
y le dí mi corazon,
y en sus manos el perjuro
sin piedad lo desgarró.

¡Ay, amor!

¡Sólo amor á la muerte

¡ay! tengo yo!

—Vámonos, Laura, vámonos, exclamó, todo turbado, el elegante Adolfo.

—No, por Dios, contestó la bella esposa, quiero oír esa voz que me llega al corazón. Espera, déjame gozar y sentir al mismo tiempo. ¡Oh! quisiera ver á la mujer que canta. Será sin duda una desgraciada. Su voz denuncia que sufre horriblemente...

Adolfo estaba inquieto, violento.

La cantarina siguió:

Es el llanto mi consuelo,
y mi amigo es el dolor...

¿Cómo vivo sin el alma,
que el perjuro se llevó?...

¡Ay, amor!

¡Sólo amor á la muerte

¡ay! tengo yo!

El estribillo de la triste canción debía repetirlo, pero de repente se detuvo la cantante sin acabar la frase, y luego se oyó así como un quejido... El público murmuró, notando que la canción no había concluido; Gomez fué á enterarse de lo que pasaba detrás del bastidor.

Y se oyó que decía:

—Cante V., señora, que si no me va usted á perder.

—No puedo, murmuró una voz débil, temblorosa, no puedo más...

Pero otra escena distrajo la atención general.

Al rededor de un velador, cerca del sitio donde estaba el piano, se hallaban los *íntimos* de la *flamenca* de enfrente, los mismos que habian prometido interesarse por la suerte del *café del Federal*, y acababan de empezar á reñir, dando voces y amenazándose. La gente se levantó, algunos quisieron poner paz entre los fingidos combatientes, estos enarbolaron los garrotes, derribaron dos quinqués, y con navajas rompieron el bastidor que habia delante del piano.

Laura, al comenzar la reyerta, se habia guarecido junto al bastidor, que cayó hecho pedazos, y entónces se vió detrás del piano, sobre la tarima donde éste se hallaba, á una mujer alta, pálida como un cadáver, que estrechaba en sus brazos á una niña, dormidita junto á su seno.

Detrás, acurrucada á espaldas de la silla de la *cantarina*, estaba Laura llena de miedo.

—¡Julia! exclamó el apuesto Adolfo, sin poderse contener, al ver á la infeliz cantante.

Esta miró á Adolfo, cayó sobre la silla, y abriendo los brazos, dejó caer á la niña; pero Laura pudo recoger á la pobre criatura, que á no ser por ella habria caido sobre el suelo.

Todo esto pasó en ménos tiempo del que empleo en referirlo.

El tumulto, por fortuna, cesó instantáneamente, porque cada consumidor procuró escapar más que á paso de donde se repartian palos.

El propósito de los íntimos de la *flamenca* estaba cumplido. Habían armado un escándalo, ocasionado el destrozo de gran parte de los efectos del café enemigo, y sobre todo habían asustado á la gente y á la *cantarina* por lo fino.

Laura era buena y compasiva, y al ver á la triste cantante privada de sentido, se interesó doblemente en remediar el infortunio que debía indudablemente pesar sobre aquella mujer.

—Es preciso, Adolfo, dijo á su marido, que hagamos algo por esta mujer. Está yerta.

—Se hará lo que se pueda, pero ahora vamos á casa... Te llevaré y volveré, contestó Adolfo, cada vez más turbado, y procurando en vano disimular el estado de su espíritu.

—No, de ningún modo; aquí habrá quien vaya á buscar nuestro coche. Yo no la abandono, ni á esta pobre niña.

Julia, que ya sabemos que éste era el nombre de la cantante, no volvió en sí.

Un mozo fué á buscar el coche de Laura, pero había una dificultad, que allí nadie sabía dónde vivía la *cantarina*.

—La llevaremos á nuestra casa, dijo Laura.

—¡Por Dios, eso es imposible! exclamó Adolfo.

—Adolfo, estoy resuelta; esta infeliz necesita muchos cuidados. Déjame hacer esta obra de caridad.

—Pero es que...

—Es que yo me empeño; aunque será nuestra, la casa en que vivimos es aún de mi madre; yo llevo á esta pobre á casa de mi madre, y ya verás cómo la cuida.

Y no hubo remedio: la cantante fué llevada al coche en brazos de los dos mozos, y Laura sostenía en sus brazos á la infeliz niña, diciéndole á su marido:

—¡Cuánto querría yo á una niña como esta!...

Y Gomez, ¿qué hizo?

Gomez comprendió á quién debia aquel escándalo, y fué al café del *Federal* y la emprendió con éste, y hubo tambien gran alboroto en el establecimiento, de cuyas resultas fueron llevados á la prevencion los dos airados rivales, y la *cantarina flamenca* á la cárcel, porque, sin respeto á la autoridad, sacudió dos bofetadas á un guardia y le quitó la espada, y blandiéndola amenazaba á otros dos y al inspector, que parecia propiamente, en tan gallarda actitud, la figura de la república que pintan en las cajas de fósforos.

IV.

La *cantarina* que Laura llevó á su casa, contra la voluntad de su marido, estaba muy enferma, tan enferma, que aquella noche, cuando dejó sin

concluir la frase de la canción, fué porque de su boca salió sangre, y no era la primera vez que le sucedía. La infeliz estaba herida de muerte.

Hija de una honrada familia de Sevilla, quedó huérfana, pobre, sola, enamorada de un hombre que le había prometido hacerla su esposa. La inocente confió en la palabra de aquel hombre, pero éste vino á Madrid, despertóse en él la ambición, y no se cuidó ya de cumplir la palabra empeñada. En Madrid se casó con otra mujer, bella, virtuosa y rica, que ignoraba la infamia que había cometido el que le daba su nombre.

Cansada de esperar, la pobre jóven seducida, con una niña, que era su vida, quiso venir á Madrid á buscar al seductor, al padre de su hija. Supo que se había casado con otra.

La desventurada se encontró sin recursos, trabajó para mantener á su hija, resistió dignamente á los que le ofrecían lujo y opulencia, y sufrió las mayores amarguras. Llegó tiempo en que no halló trabajo, debía algunas cantidades, no iba á tener casa, tendría que abandonar su hija á la caridad y morir... Entónces se le ocurrió cantar en un café, para pagar lo que debía y mantenerse. Lo demás ya lo sabe el lector.

V.

En las habitaciones de la madre de Laura fué instalada la desdichada Julia, y asistida por las dos con amorosa y caritativa solicitud.

El dia siguiente al del trueno de los dos cafés, Laura habló con Julia, la tranquilizó, le mostró á la niña, para la que habia dispuesto una camita junto al lecho de la enferma, y derramó en su corazon consuelo y esperanza. Pero no la habia para la infeliz, segun declaró el médico de la casa.

Por la noche empezó á delirar la enferma, y Laura la oyó murmurar:

—Si... Adolfo era... él me ha visto en el café... él era... el padre de mi hija... el que me abandonó. Yo le perdono, le perdono.

Laura lo comprendió todo; recordó la turbacion de su marido en el café, su afan por salir apénas habian entrado, su oposicion á que la enferma fuese llevada á su casa.

Cuatro dias vivió la pobre *cantarina*; en la noche del cuarto dia, apoyada la cabeza en el pecho de Laura, y teniendo en sus brazos á su hija, decia á su cariñosa enfermera:

—Mi hija no tiene padre, señora, buena señora, hermana mia... Me sedujo y me abandonó, pero ya he dicho al confesor que le perdono, que le perdono de todo corazón. Mi hija queda sin padre, buena señora; sea V. su madre.

—¡Oh! sí, lo seré; lo juro ante Dios.

—Gracias, buena señora; y á él, si alguna vez le hallara V., dígame que le perdono. Usted no sabe quién es... Pero en mi vestido debe haber algunas cartas tuyas, y por ellas sabrá V. quién es el padre de mi hija. Yo le perdono, le perdono.

Calló la enferma, abrazó más estrechamente á la niña, rezó mucho, y luego acercó su boca á la de su hija para imprimir en ella un beso, y en aquel beso exhaló el último suspiro.

VI.

Adolfo no había salido de su cuarto en aquellos días más que lo precisó, y estaba muy preocupado.

El quinto día su mujer llamó muy temprano en la puerta del cuarto de su marido.

Este estaba vestido y despierto.

—Adolfo, dijo Laura, entrando con la huérfanita en sus brazos, vengo á presentarte nuestra hija. Ya no tiene más madre que yo. Ruega á Dios

por la madre sin ventura que anoche ha muerto en nuestra casa, y ruégale también que perdone á su matador. Yo no sé quién es, añadió Laura, aparentando no advertir la turbacion de su marido, pero es preciso que haga mucho bien en el mundo, para que Dios le perdone la infamia que cometió con la madre de esta inocente criatura.

—¡Qué buena eres, Laura! murmuró Adolfo avergonzado.

—Ahora es cuando voy á ser muy buena, porque ya soy madre. Da un beso á mi hija.

Adolfo besó á la niña, que le alargaba los bracitos y le sonreía.

—¿Serás su padre?...

—¡Oh! sí, exclamó Adolfo.

—No esperaba yo ménos de ti. Voy á disponer que esa pobre madre, esa hermana mia, sea enterada decorosamente. Tú, entre tanto, reza, reza por la muerta y por su matador.

VII.

¿Tiene curiosidad el lector por saber qué fin tuvo la terrible competencia entre Gomez y el *Federal*?...

Téngala ó no, poco me cuesta decirle que Gomez y el *Federal* resolvieron hacer la paz, y

formar estrecha alianza. Reunieron sus capitales, y abrieron otro café, que llevaba el honroso título de *Café de la Libertad*, amalgamando así las ideas políticas de uno y otro, porque si bien Gomez no es *federal* como su compañero, es un *radical* de los buenos. En el nuevo establecimiento les va grandemente: no tienen á la *flamenca* de *cantarina*, porque ya no media lo que mediaba entre ésta y el federal, pero tienen *lotería*, en la que ellos ganan todas las noches sin apuntar, pues de cada carton cobran dos cuartos, y ya están pensando en comprar de bienes nacionales un terreno para hacer una casa, y poner abajo un café y *restaurant* político, donde servir banquetes á los partidos liberales, y aún á los reaccionarios, porque una cosa es el negocio, y otra cosa es la política, bien que si se va á ver, la política no es más que otro negocio.

FIN.

DOS PALABRAS AL LECTOR

Al terminar el cuento anterior veo que he llegado al término del tomo y aún no he escrito todo lo que deseo escribir de LAS MADRES.

Si el público es tan benévolo conmigo ahora, como otras veces, en otro volúmen continuaré LAS MADRES. Nada escribo con tanto amor, con tanto deseo de agradar al lector.

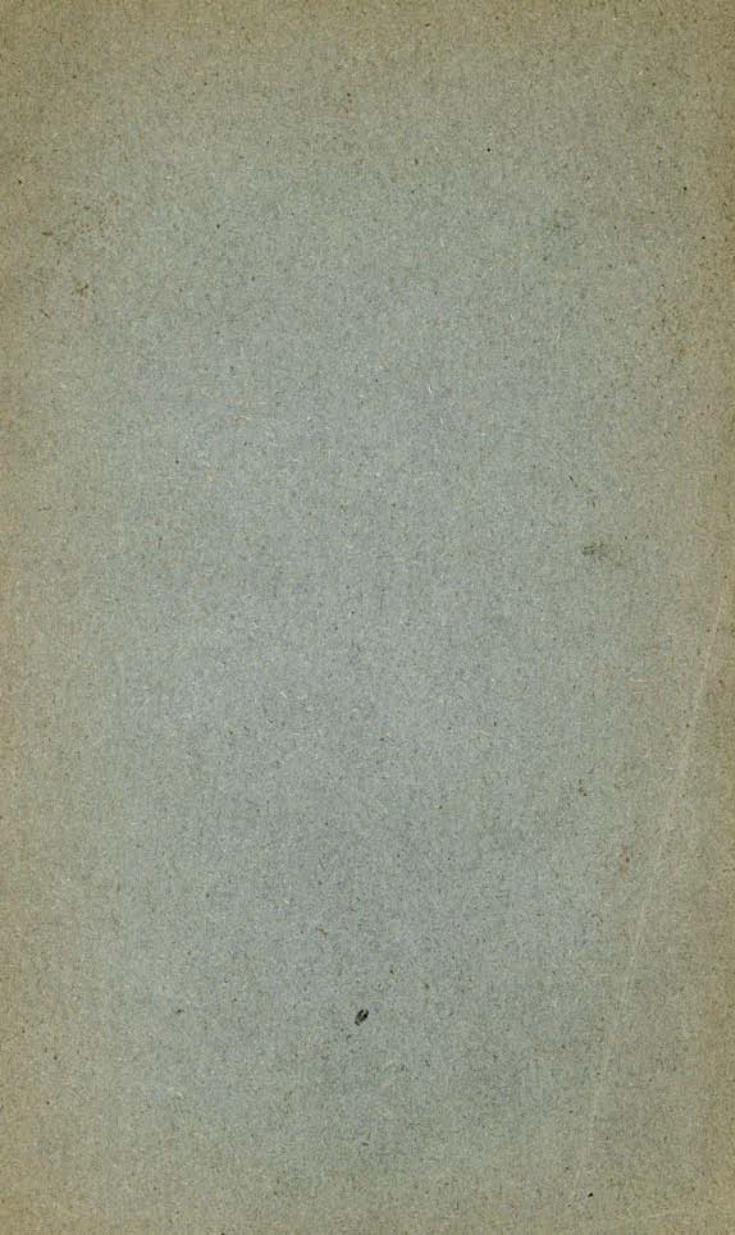
No sé si este libro tiene algun valor, pero yo le estimo más que ningun otro de los muchos que llevo escritos—que siempre lo malo abunda,—porque escribiendo este libro me acuerdo tánto de mi madre...

¡Cuánto hubiera ella amado este libro!

E. Frontaura.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
I...—Cármén..	9
II..—Las Madres abandonadas..	125
III.—La Señora María.	139
IV.—Doña Mariquita.	199
V..—La Cantarina.	285
Dos palabras al lector.	311





1018025

